



Francisco Rojas Zorrilla

# Los áspides de Cleopatra

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Francisco Rojas Zorrilla

# Los áspides de Cleopatra

## PERSONAJES

CLEOPATRA

LÉPIDO

IRENE

UNA MUJER

MARCO ANTONIO

LELIO, viejo

CAIMÁN, gracioso

UN SARGENTO

OCTAVIANO

OCTAVIO

LIBIA, criada

MÚSICOS

Jornada primera

Salen IRENE y LÉPIDO.

IRENE  
Cansado, Lépidó, estás.

LÉPIDO  
Irene, téngote amor.

IRENE  
¿No te hiela mi rigor?

LÉPIDO  
Desdenes encienden más.

IRENE  
¿Y los desaires?

LÉPIDO  
También.

IRENE  
Confiésote que es verdad,

que a una grande voluntad

la da sazón un desdén;

si cae sobre amor, yo siento

que es el desaire donaire,

mas no si cae el desaire

sobre un aborrecimiento.

Y así, pues tu engaño ignora

que tu amor aborrecí,

lo que te encendió hasta aquí

te puede helar desde ahora.

LÉPIDO

Pues ya que saber merezco

que no me quieres...

IRENE

Detén;

no es que no te quiero bien.

LÉPIDO

Pues di, ¿qué es?

IRENE

que te aborrezco.

LÉPIDO

¿Ese extremo no es igual?

IRENE

Diferente viene a ser:

una cosa es no querer,

y es otra querer muy mal.

LÉPIDO

Y, en fin, me dices aquí...

IRENE

Ya tu oído lo escuchó.

LÉPIDO

Que no me has querido.

IRENE

No.

LÉPIDO

¿Y que me aborreces?

IRENE

Sí.

LÉPIDO

Con la amorosa pasión

no pensarán mis agravios

que lo que hablaban tus labios

dictaba tu corazón.

Mas la causa he de saber

por qué aborreces mi nombre.

IRENE

No puedo querer yo a un hombre

a quien venció una mujer.

LÉPIDO

Aunque Cleopatra cruel

me venció, el ser vencedor

no está en manos del valor,

la fortuna da el laurel.

Venciome, y aún te asegura

esta verdad inclinada

que a no vencerme su espada

me venciera su hermosura:

que es tan bella...

IRENE

Ten, que espero

pedirte, si eres constante,

que te vengues como amante,

pero no como grosero;

que yo no he dicho verás

en este desdén primero

con decir que no te quiero

que a otro amante quiero más.

Y tu venganza procura

tanto encender mi tibieza,

que alabas otra belleza

galanteando mi hermosura.

Pues refrena tu osadía

como amante; que no es bien

satisfacer un desdén

con toda una grosería.

LÉPIDO

Que a ti te alabo verás

si lo miras ingeniosa,

que es hacerte más hermosa

estarte queriendo más.

¿De alabarla sin amor

qué ofensa te puedo hacer,

si esto es darte a ti a entender

que me pareces mejor?

IRENE

Yo aborrezco a Cleopatra, ya lo sabes;

y ni aun poco no quiero que la alabes.

LÉPIDO

Tú me aborreces.

IRENE

Tú me desobligas.

LÉPIDO

Pues ni aun esto no quiero que me digas:

de Marco Antonio tengo estos recelos.

IRENE

Tú eres el que te das a ti los celos.

LÉPIDO

Que le quieres infiero.

IRENE

Cortés soy, no te he dicho que le quiero.

LÉPIDO

Pero tu amor su amor ha preferido.

IRENE

Es galán, es valiente y entendido.

LÉPIDO

Con la voz de la fama militante

tres veces Roma me aclamó triunfante.

IRENE

Y Cleopatra eclipsar tu luz procura.

LÉPIDO

Es hermosa, y venció con la hermosura.

IRENE

De grosero otra vez das testimonio.

LÉPIDO

Y tú, ¿por qué alabaste a Marco Antonio?

IRENE

Dices bien, ya lo veo,

resbalose la voz por el deseo.

LÉPIDO

Pues no te cause enojos

que se fuese mi lengua hacia mis ojos.

IRENE

No me quieras, y alaba a quien quisieres.

LÉPIDO

¡Qué prolijas nacisteis las mujeres!

(Toquen.)

IRENE

Mas ¿qué clarín esparce poco atento

las raridades que concierta el viento?

(Toquen sordinas.)

LÉPIDO

Mas ¿qué sordinas, con acentos graves

divierten la capilla de las aves?

IRENE

Triunfante allí un ejército ha ocurrido.

LÉPIDO

Y otro ejército allí marcha vencido.

IRENE

¡Oh si el cielo quisiera

que Marco Antonio el que ha vencido fuera!

que aunque es mi hermano César Octaviano,

Es mi amante primero que mi hermano

LÉPIDO

¿Si el cielo ha permitido

que Marco Antonio sea el que ha vencido?

que aunque de su amistad tanto me obligo,

es mi dama primero que mi amigo.

IRENE

Marco Antonio es aquel, aquel mi hermano.

LÉPIDO

Éste que llega es César Octaviano.

IRENE

Pues supla a mi deseo mi recato;

llega en buen hora, honor del Triunvirato.

LÉPIDO

Llega a mis brazos, toma,

llega en buen hora, libertad de Roma.

IRENE

Mis lazos se prevengan a tus lazos.

LÉPIDO

El corazón traduciré en los brazos.

IRENE

Esta fineza en tu valor se estrene.

Salen por dos puertas diferentes, MARCO ANTONIO por el lado de IRENE, y OCTAVIANO por el de LÉPIDO.

OCTAVIANO

¡Oh Lépidos!

LÉPIDO

¡Oh Octaviano!

MARCO ANTONIO

¡Oh bella Irene!

IRENE

¡Oh dulce dueño mío!

móvil que arrastra todo mi albedrío.

¿Cómo vienes?

MARCO ANTONIO

Vencí.

LÉPIDO

¿Cómo te ha ido?

¿No me responderás?

OCTAVIANO

Vengo vencido.

IRENE

Marte lo ha permitido soberano.

MARCO ANTONIO

Déjame ver a César Octaviano.

OCTAVIANO

A Antonio quiero hablar.

LÉPIDO

A mi enemigo.

MARCO ANTONIO

¿Lépido?

IRENE

¿hermano?

OCTAVIANO

¿Irene? ¿amigo?

MARCO ANTONIO

¿Amigo?

OCTAVIANO

¿Qué tristeza a tus ojos ha ocurrido?

MARCO ANTONIO

De hallarte con insignias de vencido,

¿qué alegría se ofrece a tu semblante?

OCTAVIANO

De mirarte con señas de triunfante.

MARCO ANTONIO

Como hoy a tu valor tu ruina estrena,

se equivocó mi gloria con tu pena.

OCTAVIANO

Y como tú has logrado una victoria

se moderó mi pena con tu gloria.

MARCO ANTONIO

Agradezco la fe de tu cuidado.

OCTAVIANO

Cuéntame, Antonio, el triunfo que has gozado

MARCO ANTONIO

Cuéntame aquesa lid sangrienta y fiera.

OCTAVIANO

Fue desta suerte.

MARCO ANTONIO

Fue desta manera.

OCTAVIANO

Ya te acuerdas, Antonio, de aquel día,

que armados de ambiciosa bizzaría

fuimos los tres a conquistar el mundo.

MARCO ANTONIO

Y que tocó a mi acero sin segundo

El Asia.

OCTAVIANO

A mi la Europa dilatada.

LÉPIDO

El África a los filos de mi espada.

OCTAVIANO

Y que los tres con amigable trato

hicimos este heroico Triunvirato.

Júpiter quiera que felice goce.

La tierra austral que el rumbo desconoce.

LÉPIDO

Ya sabes que por suerte o por estrella

me venció por el mar Cleopatra bella.

MARCO ANTONIO

Y que sabiendo tu infelice suerte

volví del Asia solo a socorrerte.

OCTAVIANO

Que echamos los dos suertes.

MARCO ANTONIO

Ya lo digo.

OCTAVIANO

Que le tocó a mi brazo este castigo,

que por la mar con ira y osadía

fui a rendir a Cleopatra a Alejandría.

MARCO ANTONIO

Que al Asia me volví.

LÉPIDO

Que yo corrido

en Roma entonces me quedé vencido.

MARCO ANTONIO

¿Es esto así?

LÉPIDO

Mi indignación lo llora.

MARCO ANTONIO

Pues oye agora.

OCTAVIANO

Pues escucha agora:

cuando el alba y aurora, entonces bellas,

salen a reconocer a las estrellas;

cuando el tardo lucero, sin decoro,  
murmurando está el sol bostezos de oro,  
y el pájaro de verdes plumas rico  
afila al tronco el argentado pico,  
retoza el can, y la que ruge fiera  
muestra la presa con que al tigre espera;  
chupa el clavel el líquido rocío  
azota el pez las márgenes del río,  
y en repetido tálamo dichoso  
la tórtola se pica con su esposo,  
y la culebra sola  
hondeando la arena con su cola,  
y al asomar del sol temprano el coche  
muda la piel con que esperó la noche;  
partí cortando al mar la verde bruma

en trescientos centauros de la espuma,

pues volar y correr cada cual sabe,

medio cuerpo cristal y medio nave.

MARCO ANTONIO

La reina, entre las flores peregrinas,

encargó su custodia a las espinas,

y Clicie, que por Febo se desvela,

era del campo fija centinela;

roció el viento con agua destilada

a la luna, hasta entonces desmayada,

y ella con animosa cobardía

del desmayo volvió que la dio el día;

y a una estrella se sale desunido,

por acecharle al sol dónde se ha ido,

y porque vuelen graves

les dio la sombra luz a tardes aves,

cuando marché con treinta mil soldados,

seguros todos, porque son pagados.

OCTAVIANO

Y apenas con descuido diligente

encargamos las velas al Poniente

cuando vapores del cristal sediento

tramaron nubes que vistiese el viento,

el día oscureció, bramó el Siroco,

tejióse el sol de nieblas poco a poco

erizóse al mar la estéril bruma,

que es el verde caballo de la espuma,

variaron descontentos a bramidos

todos cuatro elementos desunidos;

sólo la vista a solo el riesgo vía,

de mucho armada el oído no oía;

ya no acierta el gobierno el timonero,

no encuentra con la escolta el marinero;

el más hallado es el que más se ofusca,

da en el fogón el que la bomba busca;  
el padre allí del hijo es enemigo,  
no se acuerda el amigo del amigo;  
cual hubo que a la sombra agradecía,  
por no ver todo el mal que se entendía;  
cual hubo que el relámpago deseaba,  
por ver aquel espacio que duraba;  
toda mi hueste en una voz se queja,  
pero a ninguno aprovechó la queja;  
y cuál hubo, que al ver no bien mirados,  
cubierto el mar de árboles troncados;  
tan ciego acierta, y tan despierto yerra,  
que al mar saltó pensando que era tierra.

MARCO ANTONIO

A mí me ayudó tanto la fortuna,  
que el imán de las aguas, que es la luna,

influyendo por todas las estrellas,

me señaló serenidades bellas.

A la sed que fatiga a mis soldados

arroyos se desangran por los prados;

ardiente estío me ofreció a racimos

ociosa fruta en árboles opimos,

árbol allí más grato

ofreció calambucos al olfato,

y con sonoro y ajustado ruido

las aves consonancias al oído,

selva y prados en líquidos despojos

dieron amenidades a los ojos;

y como estrella nos influye amiga,

el ocio fue nuestra mayor fatiga;

y, en fin, como suaves

nos saludaron las pintadas aves;

el prado, el arroyuelo,  
la selva, el monte, luna, sol y cielo,  
sin inconstancia alguna,  
no se halló quien creyese que hay fortuna.

#### OCTAVIANO

Salió el arco de paz, serenó el día,  
y en la playa me hallé de Alejandría;  
salté en Egipto, que es donde idolatra  
el sol los otros soles de Cleopatra;  
desembarcamos en la playa apenas;  
el llanto se rió con las arenas  
y aunque en la playa estaba,  
la planta aún no creyó lo que pisaba;  
cuando con ira ardiente  
me acomete Cleopatra de repente;  
por la margen de un río, clara y pura,  
¿quién ha visto con maña la hermosura?

resistirla procuran mis soldados,  
y moverse no pueden de cansados,  
allí con ira extraña  
se aprovechó de la ocasión la saña;  
el alarido y confusión crecía:  
lo que antes fue cristal, ya es sangre fría,  
aquel, herido y fiero,  
lidiaba con su mismo compañero;  
desesperado aquel, cuando embestía,  
no por matar, que por morir reñía;  
uno allí desangrado  
sangre bebe que aquel ha derramado:  
pero si aquella le desmaya, en breve  
vuelve a alentar con la que el otro bebe;  
aquel que ni se anima ni acobarda,

esperando la lid la muerte aguarda;  
huye un soldado sin que el riesgo aguarde,  
y le alcanza la muerte de cobarde;  
uno acomete allí más diligente,  
y se busca su muerte de valiente,  
que no se libran de la muerte fiera  
ni el que huye, ni el que embiste, ni el que espera.

MARCO ANTONIO

Yo, con valor, enojo y osadía  
al reino de los Partos llegué un día;  
salió su rey, su vestidura era  
de pieles remendadas de pantera;  
sacó eminentes, pero no constantes,  
castillos sobre espaldas de elefantes;  
tal ejército el joven acaudilla  
que ocupa más espacio de una milla;  
son sus altas trincheras baluartes,

al sol encubren rojos estandartes;

mas, dije, como el mundo no me asombra,

«no importa, peharemos a la sombra.»

De noble ira, de ardimiento armada,

mi gente la embistió desbaratada;

mis tropas se dividen una a una,

pero las concertaba la fortuna,

si en proporción el Parto acometía,

su mesma ceguedad le dividía;

de emboscada miré salir airados

sobre veinte elefantes, mil soldados,

y aunque iban fijos antes,

tienen tal propiedad los elefantes

que si tropiezan, sea del peso o pena,

no pueden levantarse del arena;

y es preciso, si quieren ir delante

que el mismo que los guía, los levante;

pues cuando me buscaron

en un reducto que hice, tropezaron,

y como el que primero acometía

levantarse a sí mismo no podía,

quedaba entre el arena sepultado

a un tiempo el elefante y el soldado.

OCTAVIANO

Sobre un caballo, pájaro sin pluma,

que a nado pasó el golfo de su espuma,

que cuando al freno su altivez sujeta,

irritado a la voz de la trompeta,

alzó tanto al pisarlas peñas duras

que él mismo se miró las tierra duras,

salió Cleopatra, más divina aurora,

animando su hueste vencedora,

retirarme otra vez al mar procuro  
y menos de las aguas me aseguro;  
el soldado, que auxilios procuraba,  
por saltar en el barco en el mar daba;  
y cual entre uno y otro grave empeño,  
se arroja al mar sobre tronchado leño;  
recojo algunos que morir quisieron,  
y de ser desdichados no murieron.

MARCO ANTONIO  
Al Parto venzo, y viéndome triunfante,

su rey me llama el Asia militante.

OCTAVIANO  
Surco el Mediterráneo, a Roma llego

Rendido de Cleopatra. (Aparte. ¡Ah dulce fuego!)

MARCO ANTONIO.  
Las aves me repiten la vitoria,

los bronce la dedican a la historia.

OCTAVIANO  
Acuérdanme entre aquellas peñas fieras

mi ruina negras aves agoreras.

MARCO ANTONIO

Llego a verte, y hallándote vencido,

yo me parece que el vencido he sido.

OCTAVIANO

Hállote, y como elAsia has sujetado,

yo presumo que soy el que he triunfado.

MARCO ANTONIO

Tu voz por todo el orbe se derrama.

OCTAVIANO

Tú eres el que da lenguas a la fama.

MARCO ANTONIO

Para que las edades sean testigos

de que somos los dos fieles amigos.

OCTAVIANO y LÉPIDO

Y al rendir sus provincias una a una,

préstanos, Marco Antonio, tu fortuna.

MARCO ANTONIO

Si haré, César Octaviano,

y vive el móvil primero,

a cuyo natural curso

se arrastran estotros cielos,

que ha de estrenarse Cleopatra

en las iras de mi acero,

aunque embotados de herir

tenga sus filos sangrientos.

Marchad otra vez, soldados;

ea, a vengar, compañeros,

la sangre de los romanos

que ha teñido el mar Tirreno.

Ea, a Alejandría, soldados,

y pésame que es empeño

en vencer una mujer,

cuando a tantos reinos venzo.

Lépido, si tu desdicha

te ha vencido, y no tu esfuerzo:

Octaviano, si tu estrella

te ha vencido, y no tu aliento;

yo, que soy vuestra fortuna,

vengar a los dos prometo

antes que al ocio le encargue

este no vencido acero.

Sólo descanso en la lid;

ea, a descansar marchemos;

alto, a embarcarnos, amigos;

aten al mar con sus remos

para sembrarte de sangre

esos inconstantes leños;

ea, a vencer a Cleopatra,

este encanto descifremos,

que no ha podido el valor

ver, siendo mucho, estar ciego.

Adiós, César Octaviano.

(Hace que se va.)

OCTAVIANO

Espérate, que primero

te he de cumplir la palabra  
que te he prometido. Al tiempo  
que al Asia fuiste, ya sabes  
que fue de los dos concierto,  
que si vienes de la guerra  
vencedor, te dé por dueño  
a Irene, mi hermosa hermana;  
tú has vencido ya, y supuesto  
que haces tú por mí lo más,  
que es vengarme, yo pretendo  
darte, pues me está tan bien,  
a mi hermana, que es lo menos.

Irene, dale la mano.

LÉPIDO

Echas a perder con eso

nuestra venganza, Octaviano.

¿Vesle que airado y sangriento

se irrita de nuestro agravio,

y a tu ruina desatento,

cuando le hallas diligente

le solicitas suspenso?

Déjale vencer ahora,

que estorbar es desacierto

las atenciones de Marte

con las delicias de Venus.

MARCO ANTONIO

Los dos decís bien, amigos

y así, tomando el consejo

de Lépido y Octaviano,

el favor agradeciendo,

doy la mano y no la doy.

Bella Irene, ya soy vuestro;

pero antes que en esos lazos

se suspenda este ardimiento,

y antes que pague amoroso  
deudas de consorte al lecho,  
he de vencer a Cleopatra,  
con que cumplo a un mismo tiempo,  
quedando por dueño suyo  
y yendo a vengaros luego  
con el duelo de amistad  
y de mi amor con el duelo;  
tuyo soy, Lépido, amigo.

LÉPIDO

¿Qué dices? ¡De celos muero!

MARCO ANTONIO

Que avises a mis soldados

que a marchar estén dispuestos,

que al África he de embarcarme.

LÉPIDO

Tus órdenes obedezco;

Véngume el cielo de ti. (Vase.)

OCTAVIANO

¿Bella Irene?

IRENE

¿César nuevo?

OCTAVIANO

Déjanos solos, que hablar

a Marco Antonio en secreto

conviene a un cuidado mío.

IRENE

Si tanto importa ya os dejo;

menos valiente quisiera

y más amante a mi dueño. (Vase.)

OCTAVIANO

Ya estamos solos.

MARCO ANTONIO

Sí, amigo.

OCTAVIANO

Ninguno nos oye.

MARCO ANTONIO

Es cierto.

OCTAVIANO

Pues salga al oído tuyo

todo en voces mi silencio.

MARCO ANTONIO

¿Qué dices? Dime tu mal.

OCTAVIANO

¡Oh, pluguiera a mi deseo

que en mi lengua y en su voz

cupiera mi sentimiento!

MARCO ANTONIO

No esté cobarde tu pena.

OCTAVIANO.

¿Cómo quieres tú que a un tiempo

de una grande cobardía

se informe tu atrevimiento?

MARCO ANTONIO

¿Cobardía? ¿Qué? ¿Has huido?

¿Volviste la espalda al riesgo?

OCTAVIANO

Mayor mal.

MARCO ANTONIO

No puede ser.

OCTAVIANO

Oye y sabrás el suceso.

amigo, yo vi a Cleopatra...

MARCO ANTONIO

Tente, que has dicho más presto

de lo que explicarlos quieres

a todos tus pensamientos.

¿Te aficionó su hermosura?

Responde.

OCTAVIANO

¡Pluguiera al cielo!

que la afición no es amor.

MARCO ANTONIO

¿Qué es?

OCTAVIANO

Un tibio deseo,

que está pintado en el alma

al temple de los afectos,

a quien cualquiera accidente,

sea de tibieza o celos,

con ser los que le hacen más

le templan en ser lo menos.

MARCO ANTONIO

¿Pues qué tienes?

OCTAVIANO

Tengo amor,

que está al olio tan impreso

en el corazón, adonde

fue toda afición bosquejo,  
que no le podrá borrar  
el pintor más sabio y diestro,  
ni de los celos las sombras,  
ni de la ausencia los lejos;  
yo vi a Cleopatra divina  
(como te dije primero),  
y mis ojos navegaron  
las ondas de su cabello;  
anegueme en su hermosura,  
y dije al ver sus luceros:  
¿cómo causan la borrasca  
los que influyen tan serenos?  
¡Ay de mí! que ya no soy  
ni puedo ser aquel mismo  
que burló como dormido

lo que lloró como ciego;  
venciome, y enamoreme,  
pero no hizo mucho en eso,  
que me rindió el corazón  
y es él el que da el esfuerzo;  
tú eres mi amigo y mi hermano,  
tú partes agora al reino  
de Cleopatra a conquistar  
los imposibles de un cielo;  
tú eres dichoso, yo soy  
el más infeliz extremo  
de la fortuna inconstante;  
tanto, que en las lides echo  
a perder con mi fortuna  
cuanto emprendo con mi acero,  
a ti todas las estrellas

te favorecen; yo tengo

por tres enemigos míos

a Júpiter, Marte y Venus;

y, en fin, soy tan infeliz

que me he enamorado: en esto

conocerás mi fortuna;

y así, noble amigo, puesto

que eres dichoso, hazme tú

feliz: conquístame el cetro

de Cleopatra, sol de Egipto;

ve a conquistarme el imperio

de sus ojos, a quien paga

el dios de la venda feudo;

si la vences con tu dicha;

quédate tú con su cetro,

y parte luego conmigo

su hermosura; yo no puedo

lograrme por mí esta dicha,

tenme lástima, que llevo

a hacer las lágrimas voces,

y hacer ojos sus acentos;

vence, y logre yo sus rayos,

y pues ha sido concierto

partir los dos, como amigos,

del mundo todos los reinos,

tómame tú todo el mundo,

y dame a Cleopatra en premio,

porque vale más Cleopatra

que el mundo, aunque entren los cielos.

**MARCO ANTONIO**

Con sentir verte vencido,

no es eso lo que más siento,

sino que pueda en ti más

tu amor que un vencimiento;

tú que das voz a la fama,

a las edades ejemplo,

¿has de ser de un ciego dios

indigno y extraño objeto?

Templa, templa esas pasiones.

OCTAVIANO

Amigo Antonio, no puedo.

MARCO ANTONIO

¿Tú con ojos en las lides?

¿Y tú en las delicias ciego?

¿Tú enamorado?

OCTAVIANO

¿Pues tú

no tienes amor?

MARCO ANTONIO

Confieso

que a Irene, tu hermana, adoro,

ya por mi esposa y mi dueño;

pero es amor tan templado

que a vengarte voy resuelto

por no embarazar mi ira

con mi amor; luego es primero

todo este valor que irrito,

que todo este amor que templo.

OCTAVIANO

Como ya es Irene tuya

estás templado.

MARCO ANTONIO

No es eso,

sino que es ofensa mía

la que es de los dos, y quiero,

en dos extremos tan grandes,

valor y amor, que sea menos,

amor, que es extremo y vicio,

que valor, virtud y extremo.

Convéncete.

OCTAVIANO

No es posible.

MARCO ANTONIO

Indigna el valor.

OCTAVIANO

No acierto.

MARCO ANTONIO

¿Y la adoras?

OCTAVIANO

No es humana.

MARCO ANTONIO

¿No hay remedio?

OCTAVIANO

No hay remedio.

MARCO ANTONIO

Pues supuesto que te miro

incapaz de mi consejo,

y pues tú no puedes más

contigo, y tampoco puedo

faltar a mi obligación

que a mi fe y mi sangre debo,

yo te entregaré vencido

ese aparente portento

que le han fingido imposible

los entes de tus deseos.

Partid al puerto, soldados;

Octaviano, yo prometo

de no volver a la Europa

sin que a ti, rey verdadero

de la otra mitad del mundo

que con mi espada granjeo,

traiga para eterna fama

la gran Cleopatra por feudo

OCTAVIANO

¿Eres mi amigo?

MARCO ANTONIO

Y tu hermano.

OCTAVIANO

Y, en fin, ¿prometes de nuevo

que será mía Cleopatra

si la vences?

MARCO ANTONIO

Al sol mesmo

pondré a tus plantas.

OCTAVIANO

Mis brazos

son de tus lealtades premio.

MARCO ANTONIO

Quédate.

OCTAVIANO

El cielo te guarde.

Mira, amigo, que recelo...

MARCO ANTONIO

Fortuna tengo y valor.

OCTAVIANO

Recelo...

MARCO ANTONIO

No tengas miedo.

OCTAVIANO

Que Cleopatra...

Salen IRENE y LÉPIDO por dos puertas.

IRENE

Ya otra vez

al ruido del metal hueco

se conciertan tus soldados.

LÉPIDO

Ya al son de Marte sangriento

templadas las cajas tocan

a marchar.

MARCO ANTONIO

Ea, marchemos,

hijos míos. -Bella Irene,

dame los brazos.

IRENE

En ellos

quisiera dejarte el alma.

(Abrázanse.)

MARCO ANTONIO

Yo vendré a adorarte.

IRENE

El cielo

te vuelva a Europa.

MARCO ANTONIO

Él querrá

que goce tus brazos presto. -

Lépido, adiós.

LÉPIDO

Él te traiga

tan presto como deseo.

OCTAVIANO

Mira que me das palabra...

MARCO ANTONIO

(A la puerta.)

No acuerdes lo que te ofrezco;

la lealtad tiene memoria.

IRENE

Advierte, esposo, que temo...

MARCO ANTONIO

No temas.

IRENE

Quiérote bien.

MARCO ANTONIO

Pues advertid, que si dentro

de un año no hayan venido

señas de mi vencimiento,

es que el valor y fortuna

se han trocado tan adversos

que él la ha influido desdichas

y ella amenaza los riesgos.

¿Y me iréis a socorrer?

LÉPIDO

Yo lo juro.

OCTAVIANO

Yo lo ofrezco.

IRENE

Y yo he de ir a acompañarlos.

MARCO ANTONIO

Esto admiro.

OCTAVIANO

Esto concierto.

(Ap. Dale laureles, fortuna.)

IRENE

Volvedle a Europa, deseos.

MARCO ANTONIO

Tráigame el cielo triunfante.

LÉPIDO

(Aparte)

No vuelvas ruego a los cielos.

(Vanse.)

Sale CAIMÁN.

CAIMÁN

Yo soy un pobre romano,

que vino sin cobardía

al reino de Alejandría

con el César Octaviano;

y en la batalla después,  
viendo que con los gitanos  
no me valían las manos,  
ne aproveche de los pies;  
pero yo estoy satisfecho,  
que huir, como hombre mortal  
luego, luego, hace gran mal,  
después, después, gran provecho;  
que queda un hombre corrido  
dice el vulgacho malvado;  
mas al huir me he quedado  
como si no hubiera ido;  
díjome Octaviano fiero  
de su ruina en el afán:  
-Dí, ¿por qué huyes, Caimán;

y yo dije: -Porque quiero;

-Si mueres, dijo, es muy cierto

que tu fama el orbe aclama;

-¿y qué he de hacer con la fama,

le dije, después de muerto?-

Señores, ¿no es necedad

que haya hombre de tal suerte

que se deje dar la muerte

por tener posteridad?

¿Por dar líneas a la historia

haya quien llegue a lidiar?

¿Que se entre un hombre a matar

por dejar grande memoria?

Hombre, a tu valor incierto

el engaño te apercibo;

¿no hay quien se acuerde de un vivo,

y quiere memoria un muerto?

Ahora volvamos al caso:

en la lid sangrienta y dura,

deste monte en la espesura

me escapé paso entre paso;

volviéronse los romanos,

pero aunque en Alejandría

se quedó mi cobardía,

no me conocen gitanos;

pues estoy pobre, yo quiero,

ya que no soy buen soldado,

buscar un oficio honrado

que me valga algún dinero;

¿Seré sastre? es devoción

ser sastre muy abatida,

que he de andar toda la vida

a cuestras con el pendón.

¿Aljebista? voy errado;

desconcertaré costillas,

venderé lindas pastillas

de ámbar siendo pan mascado;

esto no se disimula,

y aún no sé fraguarlas yo.

¿Hareme médico? no,

sé mucho, y no tengo mula.

Con ropón seré letrado,

que libros no es menester;

boticario quiero ser,

que es oficio redomado;

pues con vender cada vez

que ocasión precisa halle

cuatro piedras de la calle

molidas en almirez,

con cuatro rótulos sólo,

con vender a tontos mil

el aceite del candil

por aceite de vitriolo;

con que venda a cuantos ven

que en mi tienda se trabaja

el agua de la tinaja

por el agua de llanten;

y por jarabe después

vender miel de letuario,

queda un hombre boticario

y queda rico en un mes;

pero no quedarán salvas

honra y fama que he guardado:

que dirán que un hombre honrado

ha nacido entre las malvas.

¿Seré alcahuete? No inquiete

mi codicia, que es mi fama.

No le dan nada a una dama

¿qué darán a un alcahuete?

¿Pues a qué oficio idolatra

mi codicioso desvelo?

Sale LIBIA.

LIBIA

Justicia venga del cielo

sobre la reina Cleopatra.

Apelaré del rigor

con que al precepto me irrito,

¿que haya mandado en Egipto,

que no haya quien tenga amor?

¿Que con su casta pureza

la cruel Cleopatra intente

derogar por accidente

lo que obra naturaleza?

Si con ser irracionales

en la tierra y mar mejor,

se tienen también amor

peces, plantas y animales.

Desde que ha que todos ven

este precepto importuno,

no encuentro hombre ninguno

que no me parezca bien.

Con dos mil faltas escojo

a todos, tan torpe soy,

que tras un tuerto me voy

porque me hace del ojo.

Y cuando llegue a faltar

un tuerto, que querré advierto

a un calvo, con ser bien cierto

que no le puedo pelar.

A un lindo mi tema rara

le pone ducientos nombres;

si es feo, digo: los hombres

no han de tener buena cara.

Si un chiquito hallo en la calle,

digo: aqieste me merece;

si un largo: ¡qué bien parece

en los hombres un buen talle!

Y de tal suerte se ven

mis ansias, porque me asombre,

que me vengo tras este hombre

porque me parece bien.

¡Que nuestra reina aperciba,

porque su virtud se crea,

que la que adúltera sea

la saquen a quemar viva!

¡Y que otra ley nos advierta,

porque el riesgo se repare,

que la que se descuidare

la saquen a quemar muerta!

Señores míos, protesto

que me endiablo o enquillotro,

¿qué les queda para esotro

si queman aquí por esto?

Esta sujeción cansada

más a mi deseo aumenta;

viva yo agora contenta

y muera después quemada

pero tengo tal estrella

que no ha de quererme creo

CAIMÁN  
(Aparte.)

Mujer es esta, y deseo

parecer hombre con ella.

LIBIA  
(Aparte.)

Yo me llego.

CAIMÁN  
(Aparte.) ¡Hay tal menguado!

¿Qué tardo? Quiero llegar.

LIBIA  
(Aparte.)

Aunque me hayan de quemar.

CAIMÁN  
Sea Júpiter alabado.

LIBIA  
Por siempre, y pase adelante;

pues ya en la ocasión me veo.

CAIMÁN  
¿Habrá un poquito de empleo

para un amor vergonzante?

LIBIA  
No faltará.

CAIMÁN  
¡Qué piedad!

LIBIA  
Llegue y no tenga recelo;

acérquese, hermano.

CAIMÁN  
El cielo

le pague la caridad.

LIBIA  
Tome. (Dale la mano.)

CAIMÁN  
Páguenoslo Cupido;

de hambre sólo la tomo,

tres meses ha que no como

bocado de lo que pido;

ya que en amoroso lazo

tan piadosa os alargáis

que un poco de mano dais,

dadme un bocado de un brazo.

LIBIA  
Tómele (Abrázale.)

CAIMÁN  
¡Qué alma tan pía!

LIBIA  
Yo soy una pecadora;

óyeme, hermano.

CAIMÁN  
¿Señora?

LIBIA  
Véngaseme acá otro día.

(Ap. Más a quererle me incito.)

CAIMÁN  
Dígame, ¿por qué razón?

LIBIA  
Hermano, la privación

es causa del apetito.

CAIMÁN  
Su fineza he de estimar,

seré su amante muy fiel.

LIBIA  
Ruego al cielo que por él

no me saquen a quemar.

CAIMÁN  
¿Quemar?

LIBIA

Es ley promulgada

contra el humano apetito.

CAIMÁN

Si ello es después del delito,

quémente, no importa nada.

¿Y en el castigo se encierra

el hombre también?

LIBIA

No.

CAIMÁN

Di,

¿sólo a las mujeres?

LIBIA

Sí.

CAIMÁN

No me voy yo desta tierra.

LIBIA

Con pasiones tan erradas,

¿cómo a amarme te acomodas?

respóndeme.

CAIMÁN

Porque a todas

las deseo ver quemadas.

Y el quererte ahora, es

según de la ley confío...

LIBIA

Dime, ¿por qué? Caimán mío!

CAIMÁN

Porque te quemén después.

VOCES.

(Dentro.)

¡Plaza, plaza!

CAIMÁN

Al anfiteatro

que está del mar a la orilla,

la Reina entra.

LIBIA

Maravilla

del mundo es este teatro.

Ya digo que no te quiero.

CAIMÁN

Yo desde hoy te he de querer,

que espero que te he ver.

LIBIA

¿Adónde?

CAIMÁN

En el quemadero.

Salen CLEOPATRA, LELIO, de barba, soldados y acompañamiento de hombres.

LELIO

Reina de Egipto, sol de Alejandría,

luz que escribe en la luz que pauta el día.

Comparación tú sola a tu grandeza,

símbolo sola tú de tu pureza

que el ser tan generosa

te hace que parezcas más hermosa;

excepción de la regla, aún no creída,

pues no eres fea y eres entendida,

que del amor burlaste los engaños,

prudente sin la costa de los años.

Hoy, que de escamas rústicas plateados

los peces de tus luces deslumbrados

salen del mar, que tu verdad serena

hasta quedarse en seco en el arena.

Hoy, pues, que al permitir tus rayos rojos

las águilas peligran en tus ojos,

cuando hidrónicos llegan sus desmayos

a beberse el concurso de tus rayos;

hoy, que conoce la teñida rosa...

**CLEOPATRA**

Detente, no me alabes por hermosa;

en vano, Lelio, a mi beldad prefieres;

alaba mi valor, si alabar quieres,

y no antepongas cuando yo te asombre

indicios de mujer a señas de hombre.

¿Yo no he vencido a Lépido el romano?

¿Yo no teñí de espumas el mar cano?

¿Yo de sus popas, árboles y quillas,

no he fabricado túmulos de astillas?

¿Yo no vencí a Octaviano en esa playa,

que aunque se enoje, el mar le tiene a raya?

¿Yo no dejo grabada

en la testa de hueso flecha alada

al venado, que es, sin dar engaños,

rústico coronista de sus años,

pues para que los lea el que los cuente

se imprimen los instantes en la frente?

¿Yo a Marco Antonio, a quien el Asia aclama,

ese, de quien es voz toda la fama,

a que venga no espero

a estrenarse en los filos de mi acero?

¿Pues este vencimiento, esta grandeza,

débese a mi valor o a mi belleza?

¿No los venció mi espada? Sí, ella ha sido;

pues si mi espada es la que ha vencido

y mi hermosura no, que no es segura,

no alabes desde hoy más a mi hermosura.

¿Quién puede haber que sea tan osado

que diga que a mis ojos se ha inclinado?

¡Que si alguno me diera esos enojos,

yo misma me sacara a mí mis ojos!

Si esta alma que a mí me anima rara,

del sol, con ser deidad, se aficionara

del mismo al contemplarle

me dejara cegar por no mirarle.

¡Oh, quién trocara el sexo recibido!

De una mujer me pesa que he nacido,

por ser mujer, que a ser flaqueza toca;

¡Oh, si hubiera nacido de una roca!

LELIO

Sentarte agora puedes,

que pues es día hoy de hacer mercedes

pues con aplauso, que serán tus glorias,

celebra Alejandría tus vitorias,

que renueves te digo

al perdón los preceptos del castigo.

CLEOPATRA

Cualquier delito mis piedades crea,

como el romper la castidad no sea.

(Siéntase.)

LELIO

En estos dos empecemos

que has de sentenciar agora.

CLEOPATRA

¿Quién son esos dos?

LELIO

Señora,

dos prodigios, dos extremos;

uno está preso, porque

es tan tierno o es tan blando,

que está siempre enamorando

a cuantas mujeres ve;

y otro quiere pretender

premios, que es justo que pida,

y es de que en toda su vida

nunca ha hablado con mujer;

éste pide que te obligues

desta obediencia.

CLEOPATRA

Está bien.

LELIO

Y el otro pide también...

CLEOPATRA

¿Qué pide?

LELIO

Que le castigues.

CLEOPATRA

¡Extremo notable ha sido!

LELIO

Que esto está probado infiere.

CLEOPATRA

En fin ¿uno a todas quiere,

y otro a ninguna ha querido?

LELIO

El premio y castigo libre

igual de justicia el peso.

CLEOPATRA

Pues soltadme al que está preso

y prendedme al que está libre;

que si ese quiere una a una

a todas juntas, se infiere,

que, pues a todas las quiere,

no tiene amor a ninguna;

y por evidente ten,

aunque tu engaño lo ignora,

que ese que a ninguna adora,

es que a alguna quiere bien

pues perdone mi grandeza,

y castigue mi porfía

del uno la hipocresía

y del otro la flaqueza.

LELIO  
Prosigo por éste.

CLEOPATRA

Di.

LELIO

Un hombre de baja suerte

está condenado a muerte,

porque dice mal de ti.

CLEOPATRA

¿Qué dice?

LELIO

Ahora lo sabrás:

que eres, dice el maldiciente,

generosa solamente

porque se diga que das;

y después desta malicia,

con nueva temeridad,

que sólo es en ti crueldad

lo que parece justicia;

que eres soberbia, impaciente;

que eres vana, codiciosa,

y que el nacer tan dichosa

te hace parecer valiente.

CLEOPATRA

¿Hay atrevimiento igual?

Y dime, Lelio, también

si dice de alguno bien.

LELIO

No hay de quien no diga mal.

CLEOPATRA.

Pues yo revoco esa pena

por lo que a todos me iguala,

que era señal de ser mala

si dijera que era buena.

Soltadle, y logre esta suerte,

pero en esto se repare,

que al punto que me alabare,

mando que le den la muerte.

Porque en un extremo tal

no me estaba bien aquí

que hable sólo bien de mí

quien de todos habla mal.

CAIMÁN

Señora, si así libráis

el perdón para la ofensa,

si cuando el castigo piensa

al que murmura premiáis;

por Júpiter, vuestro dios,

os suplica mi cuidado,

que me admitáis por criado,

que yo diré mal de vos:

que me recibáis confío.

CLEOPATRA

¿En qué oficio?

CAIMÁN

Si es razón,

pido que me hagáis bufón.

CLEOPATRA

¿Por qué?

CAIMÁN

Porque soy muy frío.

CLEOPATRA

¿De dónde sois?

CAIMÁN

Soy romano,

y ser gitano querría.

CLEOPATRA

¿Quién os trujo a Alejandría?

CAIMÁN

¿Quién? el César Octaviano.

CLEOPATRA

Y en la batalla se ve

que os perdisteis.

CAIMÁN

Reina sí,

al principio me perdí,

pero a la postre me hallé.

Huí de ti, y en Egipto

escondido he estado.

CLEOPATRA

Pues

¿Cómo huiste?

CAIMÁN

Con los pies.

CLEOPATRA

¿Seréis gallina?

CAIMÁN

Un poquito.

Sale UNA MUJER tapada.

LELIO

La mujer que ves está

sentenciada a quemar.

CAIMÁN

¡Palo!

LELIO

Con un hombre, su amor ciego

tus preceptos ha violado;

el delito está probado.

CLEOPATRA

Pues ejecútese luego.

MUJER

Si estas lágrimas que lloro

pueden templar tu rigor,

sabe, que él me tiene amor

al paso que yo le adoro.

Y acúsele tu piedad

este error escandaloso,

que con palabra de esposo

le entregué mi voluntad.

A que me la cumpla aguarde

la piedad que en ti se espera.

CLEOPATRA

¿No aguardarais que os la diera?

MUJER.

Ya me la ofrece.

CLEOPATRA

Ya es tarde.

LELIO

Que la perdonéis os digo,

que ha de parecer muy mal

por ser mujer principal,

la infamia deste castigo.

Otro castigo, otra pena

moderada, reina piadosa.

CLEOPATRA

De esa campaña espaciosa

de flores y áspides llena

dos áspides aplicad,

y en sus alevosos brazos

tengan ponzoñosos lazos

que indicios de mi crueldad

la aflijan con tal dolor,

que se reduzga mortal

en ponzoña irracional

la ponzoña del amor.

Esta sangre de amor ciego

este tormento desangre,

sea mi castigo la sangre,

pues no queréis que sea a fuego.

MUJER

El cielo, puesto que muero,

con justicia soberana,

permita, reina tirana,

que te mate un áspid fiero.

Y también llego a pedir,

que por más sangrienta espada

mueras tan enamorada

como yo voy a morir.

CLEOPATRA

Esa desdicha no espero

pues con justa causa mueres.

MUJER

Y si algún hombre quisieres,

se dé muerte con su acero.

CLEOPATRA

Vete.

MUJER

El cielo te maldiga,

véngueme el cielo de ti.

CLEOPATRA

Yo vivo segura en mí.

MUJER

Y otra vez pido, enemiga,

que pruebes tanto el dolor,

que antes que yo en esta suerte

pruebe efectos de la muerte,

pruebes efectos de amor;

de ti seas escarmiento,

y tengas como yo el fin. (Vase.)

(Tocan.)

CLEOPATRA

¿Mas qué sonoro clarín

rompe la región del viento?

LELIO

Vuelve los ojos a la mar serena,

verás su playa de bajeles llena,

ducientas y más naves,

peces del aire y de la espuma aves,

con no seguro paso

vienen cortando al mar el azul raso;

un pájaro de pino en vez de pluma

hace de azul cristal nevada espuma,

son sus flámulas bellas carmesíes,

sus árboles se engastan de rubíes;

del ébano que al sol la cara empache,

la popa trae relieves de azabache;  
de bronce el espolón que le asegura,  
a quien supo bordar la arquitectura;  
y trae, porque la tenga el sol decoro,  
palamenta de plata y timón de oro.

CAIMÁN

Ya en el mar cristalino

las abatió de enfermo lino.

LELIO

Ya el áncora a su curso alado enfrena,

fiada a la constancia de la arena.

CLEOPATRA

Ya un hombre en nuestra orilla se ha arrojado;

¡llega a mis iras, infeliz soldado!

LELIO

De paz es la bandera que despliega;

llega, infeliz soldado.

CLEOPATRA

Llega, llega,

y pues de tu valor das testimonio,

di, ¿quién eres, soldado?

MARCO ANTONIO

(Dentro.)

Marco Antonio.

CLEOPATRA

Temor de oír su nombre he recibido,

y esta es la vez primera que he temido;

pero es valor este temor primero;

echar el velo a mi hermosura quiero;

que pues mi espada el triunfo me asegura,

no quiero que le venza mi hermosura.

LELIO

Llega, romano.

CLEOPATRA

¡Toda soy de hielo!

(Échase el velo en la cara.)

Sale MARCO ANTONIO.

MARCO ANTONIO

Guarde, Cleopatra, tu hermosura el cielo.

CLEOPATRA

Vete, Caimán.

CAIMÁN

Obedecerte intento.

(Vase.)

CLEOPATRA

Vete, Lelio.

LELIO

Sí iré. (Vase.)

CLEOPATRA

Tomad asiento.

(Siéntanse sin mirarse.)

MARCO ANTONIO

Cleopatra valerosa,

según dice la fama, muy hermosa,

que es lo que agora menos te asegura,

pues yo no he de rendirme a tu hermosura;

reina de Egipto, no como solía,

porque hoy ha de ser mía Alejandría,

Yo vengo, así una ofensa restituyo,

a llevarte a mi reino por el tuyo.

CLEOPATRA

Marco Antonio imprudente,

para con los cobardes muy valiente.

Y según el clarín armonioso

para con infelices venturoso;

no rey del Asia ya como solía,

porque el Asia también ha de ser mía;

vuélvete al mar salado,

si no quieres, quedando aprisionado

en mi reino, que llama Europa suyo,

que vaya luego a conquistar el tuyo;

que a Lépido he vencido, ¿no lo sabes?

MARCO ANTONIO

Dióle sepulcro el mar a ochenta naves.

CLEOPATRA

A Octaviano venció mi brazo airado.

MARCO ANTONIO

Él se dejó vencer de enamorado;

tus ojos, me contó que le rindieron.

CLEOPATRA

Pese a mis ojos si ellos le vencieron;

(Levántanse.)

¡Viven ellos, que al sol causan enojos,

que no te he de enseñar a ti mis ojos,

porque al verte vencido,

no digas que mis ojos te han rendido!

MARCO ANTONIO

Pues yo bien sé cuando a tu luz me llego,

que no puede rendirme el amor ciego.

CLEOPATRA

Aunque verme deseas,

soy mucho yo para que tú me veas

ni he de verte, por no darte indignado

los méritos de haberte yo mirado.

MARCO ANTONIO

Aunque eso dices, responderte puedo.

Que no me ves, por no tenerme miedo.

CLEOPATRA

Y tu valor mirarme no procura,

porque teme rendirse a mi hermosura.

MARCO ANTONIO

Y aunque mirara de tu luz el fuego...

CLEOPATRA

¿Qué hicieras si me vieras?

(Descúbrese, y míranse.)

MARCO ANTONIO

Morir luego.

CLEOPATRA

Vete, apártate, joven, porque al verte

estoy viendo la imagen de mi muerte

MARCO ANTONIO

No te apartes, dulcísima homicida,

que en ti miro la imagen de mi vida.

CLEOPATRA

No sé lo que contemplo al contemplarte,

que me infunde temor para mirarte.

MARCO ANTONIO

No sé qué estrella a mi infelice suerte

le ha influido valor para quererte.

CLEOPATRA

¿Qué haré para templarme?

quiero inclinarme y no puedo inclinarme.

MARCO ANTONIO

¿Qué contrario es al tuyo mi destino?

no quisiera inclinarme, y más me inclino.

CLEOPATRA

Di, si eres tan galán, Antonio airado,

¿porqué hablabas con iras de soldado?

MARCO ANTONIO

Si eras divina, porque amor te crea,

¿porqué hablabas con señas de ser fea?

CLEOPATRA

Hombre, que templas cuantos das enojos,

no turbes las quietudes de mis ojos.

MARCO ANTONIO

Hiena, que así me obligas con gemidos,

no turbes la atención a mis oídos.

CLEOPATRA

Antonio, vete, tarde me resisto,

yo me voy a morir de haberte visto.

MARCO ANTONIO

¡Oh quién de sí se huyera!

(Hace que se va.)

CLEOPATRA

No te vayas, Antonio, aguarda, espera,

mas ¿cómo el culto a mi deidad profano?

MARCO ANTONIO

¿Mas yo rendido del amor tirano?

CLEOPATRA

¡Ah soldados! lograd feliz la suerte,

prended a Marco Antonio, dadle muerte.

MARCO ANTONIO

En la ocasión aprovechad los bríos,

dad la muerte a Cleopatra, amigos míos.

(Tocan cajas.)

CLEOPATRA

Mas tened, no me deis a mí esa herida.

MARCO ANTONIO

Mas no la deis la muerte, que es mi vida.

¡Ay Octaviano amigo,

qué igual es tu castigo a mi castigo!

No he de tener amor.

CLEOPATRA

No soy amante;

Vete, Antonio.

MARCO ANTONIO

No puedo,

que me infundiste valeroso miedo;

mas ya obedezco; voyme al mar salado

vencido, por estar enamorado.

CLEOPATRA

¿Te vas?

MARCO ANTONIO

A Roma vuelvo.

CLEOPATRA

¡Oh pena mía!

no te vayas, ya es tuya Alejandría;

hazte señor de su elevado muro.

MARCO ANTONIO

No es esa la ciudad que yo procuro.

CLEOPATRA

¿Qué reino?

MARCO ANTONIO

El de tus ojos por quien veo.

CLEOPATRA

Tuya es el alma, patria del deseo;

Mas, ¡oh, pese a mi voz! ¡Pese al Dios ciego!

MARCO ANTONIO

¿Mas, yo inclinado al amoroso fuego?

CLEOPATRA

Dadle la muerte a Antonio, mi enemigo.

MARCO ANTONIO

Estrenad en Cleopatra mi castigo;

mas tened, no me deis a mi esa herida.

CLEOPATRA

Mas no le deis la muerte, que es mi vida.

MARCO ANTONIO

Quédate.

CLEOPATRA

Ya me voy.

MARCO ANTONIO

¡Infeliz suerte!

CLEOPATRA

¿No has de volver a verme?

MARCO ANTONIO

No he de verte.

CLEOPATRA

¡Oh cuanto duda amor!

MARCO ANTONIO

¡Cuánto amor yerra!

LOS DOS

Guerra contra el amor, alarma, guerra.

Jornada segunda

(Dentro ruido de desembarcar.)

OCTAVIANO

Ya no manda el timón, y ya la quilla

encalló en las arenas de la orilla.

LÉPIDO

Dejad zafar la escolta y chafaldete.

IRENE

Amainad la mesana y el trinquete.

LÉPIDO

Vaya la lancha al pie de aquella sierra.

OCTAVIANO

Lépido, Irene y yo, tomemos tierra.

IRENE

Áncora al mar.

LÉPIDO

Sobre la espuma cana

se mece la ligera capitana.

OCTAVIANO

Y las demás, qué iguales

azotan con los reinos los cristales.

IRENE

Favorable nos fue la mar y viento.

LÉPIDO

Avante boga.

OCTAVIANO

Iza a barlovento.

Salen OCTAVIANO, LÉPIDO e IRENE.

IRENE

Salta sobre el peñasco de esa sierra.

OCTAVIANO

Beso mil veces la florida tierra.

LÉPIDO

Beso la madre de los hombres pía.

IRENE

Ésta la playa es de Alejandría

la que al Mediterráneo tiene a raya,

OCTAVIANO

Más parece de Chipre aquesta playa.

IRENE

Salva te hacen dulces ruseñores.

LÉPIDO

Sin duda es esta patria de las flores

OCTAVIANO

El olfato y la vista a un tiempo estrena

fragancia y candidez de la azucena.

IRENE

Alegre está la vista y el olfato.

OCTAVIANO

¿No ves, Irene, al sol arder ingrato?

IRENE

¿Ingrato?

OCTAVIANO

¿No le ves con luz hermosa

galanteando la purpúrea rosa,

que preside a otras flores peregrinas

y al ver que se defiende con espinas,

no por ser tan hermosa la pretende,

sino porque la ve que se defiende?

¿Y a Clicie, que en sus rayos habilita

porque ve que le sigue la marchita?

IRENE

Y yo al ver que la deja, en mí contemplo

de Clicie y sol un infelice ejemplo;

que si Antonio me deja desdeñoso,

yo vengo a ser la Clicie de mi esposo.

OCTAVIANO

Lépido, amigo mío, Irene bella:

tú, sol del Asia: tú, de Europa estrella,

atendedme los dos lo que os advierto:

ya os acordáis los dos que fue concierto  
de venir a buscar a nuestro amigo,  
siendo nuestra amistad el fiel testigo,  
dado caso que Antonio no llegase  
dentro de un año a Europa, o que no enviase  
nuevas de su ruina o vencimiento  
o ya la fama lo contase al viento,  
o ya fiase sus vitorias solas  
Neptuno a la inconstancia de las olas.

LÉPIDO

Un año el tiempo fue que la ha aplazado.

OCTAVIANO

Pues ya sabéis que el año se ha pasado,

sin que para más riesgo o mayor gloria

sepamos su ruina o su vitoria;

y tal vez he pensado

o que hidrónico el mar se le ha tragado,

o que cruel, Cleopatra, aunque divina,

reliquias no dejó de su ruina;  
o será, pues triunfante no le aclama,  
que su clarín se le quebró a la fama:  
y como nuestro crédito desmaya,  
con las naves que surgen en la playa  
y con la hueste que mi espada anima,  
a discurrir el más remoto clima  
me conduzgo, hasta hallar de aquesta suerte  
indicios de su vida o de su muerte.

IRENE

Desta montaña, agora

que le acecha las luces al aurora,

la cumbre altiva discurrir podemos.

LÉPIDO

La selva, monte y prado registremos.

OCTAVIANO

Mirar pretendo en este monte cano

si alguna poblacion descubre el llano.

IRENE

Sólo un arroyo aquella selva baña;

desierta se descubre la campaña.

OCTAVIANO

Estampa no se ve de plantas vivas,

todas las plantas son vegetativas.

tocad al arma, veamos si se altera

al marcial aparato un hombre o fiera.

LÉPIDO

Toca al arma.

(Toquen y párense a escuchar.)

OCTAVIANO

Ya suena el metal hueco,

y sólo del clarín es susto el eco.

IRENE

Aves son las que el ruido han extrañado.

LÉPIDO

Un hombre, o el deseo me ha engañado.

IRENE

Vuelto en sí del letargo, huir procura;

antes que se penetre en la espesura

del prado, le llamemos.

OCTAVIANO

Hombre, aguarda;

Egipcio, ¿qué te turba y acobarda?

Reducirle no puedo.

LÉPIDO

Mucho es que no tropieces en tu miedo.

IRENE

¿No vías? darle voces es en vano.

OCTAVIANO

El que te llama es César Octaviano.

IRENE

Parece que a tu nombre reducido

su temor aconsejó su oído.

LÉPIDO

Ya parece que mueve más veloces

las plantas al halago de tus voces.

OCTAVIANO

Llega al favor que esperas de mi mano.

Sale CAIMÁN.

CAIMÁN

Dame tus plantas, César Octaviano.

OCTAVIANO

¿Caimán?

CAIMÁN

¿Lépido, Irene, qué te veo?

Viendo estoy a los tres, y no lo creo;

¿qué se llegó de mi deseo el día?

LÉPIDO

¿De dónde vienes, di?

CAIMÁN

De Alejandría.

IRENE

¿Llegó Antonio?

CAIMÁN

Llegó.

OCTAVIANO

¿Qué ha sucedido?

CAIMÁN

Lo que siempre, Cleopatra le ha vencido

OCTAVIANO

¿Vive Antonio?

CAIMÁN

Sí vive.

OCTAVIANO

Di si es cierto.

CAIMÁN

No te estuviera mal que hubiera muerto.

OCTAVIANO

¿Qué dices?

CAIMÁN

Lo que digo.

OCTAVIANO

Muera mil veces yo, viva mi amigo.

IRENE

¿Murió Cleopatra?

CAIMÁN

Sí.

OCTAVIANO

¡Desdicha fuerte!

CAIMÁN

Pero vive Cleopatra con la muerte.

OCTAVIANO

¡Qué gloria, qué contento!

IRENE

¡Oh pena esquivá!

CAIMÁN

No te estuviera mal que fuera viva.

OCTAVIANO

Descíframe esta enigma, si eres sabio.

IRENE

No se hielen tus voces en tu labio.

LÉPIDO

Di, ¿cómo aquí has llegado?

sácanos a los dos deste cuidado.

OCTAVIANO

Como leal refiere,

cómo vive Cleopatra y cómo muere.

IRENE

Refiérenos si es cierto

cómo es Antonio vivo y cómo es muerto

LÉPIDO

Ya tu voz esperamos.

CAIMÁN

Pues escuchad los tres.

LÉPIDO, IRENE, OCTAVIANO

Ya te escuchamos.

CAIMÁN

Ya te acuerdas que contigo  
vine a Egipto, y ya te acuerdas  
que me quedé en la batalla  
como espada ginovesa;  
ya dije que Marco Antonio  
llegó a Egipto; pero apenas  
empañó con nubes de humo  
el sol de Cleopatra bella,  
apenas vio su luz pura  
nunca hasta entonces serena,  
cuando se quedó más blando  
que corregidor que espera,  
acabado su trienio,  
que le tomen residencia;  
quiso, volviéndose a Roma,  
fiar al viento las velas,

y a su constancia fiar

aquel apagado Etna

que va forjando en el alma

minas que tarde revientan;

pero el ligado velamen

aún no a los vientos entrega,

cuando a detenerle sale

Cleopatra en una galera.

Árboles de plata fina,

las gavias de oro, las cuerdas

trizas, escoltas, volinas,

de cordones de oro y seda.

La popa, ébano y marfil,

y en igual correspondencia

del terso cristal de roca

diáfanas las vidrieras.

Iba la chusma adornada  
de mil recamadas telas,  
a quien, aunque tarde, supo  
perfeccionar la tarea.

Los soldados desta nave  
cincuenta Cupidos eran  
que a corazones de bronce  
disparaban mil saetas.

En la cámara de popa  
suavísimas sirenas  
cantaban, amor, amor,  
que esta era su dulce guerra.

Cleopatra, en un trono de oro,  
cuyos diamantes pudieran  
exceder cuantos el sol

purifica y alimenta,  
  
esperaba a Marco Antonio  
  
pasó Marco Antonio a verla;  
  
dijo, que de agradecido,  
  
y yo le dije: no creas  
  
que hay quien no teniendo amor  
  
sepa agradecer finezas.  
  
Trinaron suaves voces  
  
mil amorosas endechas,  
  
cuyo compás en las aguas  
  
llevaba la palamenta.  
  
Surgieron de allí distantes  
  
presumo que media legua,  
  
y en medio del mar estaban  
  
fijas diferentes mesas  
  
sobre una red, que en las aguas,

con tal artificio era  
tejido metal en lazos,  
de obra tan sutil, que al verla  
sufrió el peso y no la vista,  
que estaba esta red dispuesta  
con fortaleza tan grande  
y con tanta sutileza,  
que la dudara la vista  
si el tacto no la creyera.

Espléndida la vianda  
colmó el día una menestra:  
trujo deshecha en vinagre  
la más rica y grande perla  
que el exceso encareció;  
el mar, que conchas platea,  
perlas que engendró la aurora

legítimamente netas,  
no produjo perla igual;  
tanto, que se halló quien crea  
que valía una ciudad;  
y esta fue la vez primera  
que en los méritos quedase  
la comparación modesta.  
Pez, escondido en las grutas;  
ave, que el cielo penetra;  
fiera, que el monte discurre;  
fruta, que el árbol franquea;  
raíz, que la tierra esconde;  
manjar, que la gula inventa;  
cristal, que el sol purifica;  
licor, que en los años medra;

destos dos dioses del mundo

fueron ambrosía y néctar,

delicias de los manjares,

viendo festiva a su reina,

(cómo es en las ocasiones

el que más se desenfrena)

pareciéndoles que ya

tiene amor Cleopatra, empiezan,

para hacer bien de las suyas,

a hacer mal de las ajenas.

La casta anciana, que estuvo

en su atención recoleta,

sabiendo lo que ha perdido

no quisiera ser tan vieja.

La viuda también buscaba

un sustituto que lea

en su cátedra del sexto

del propietario la ausencia.

En disolución tan libre,

trocados los frenos vieras

las solteras muy casadas,

las casadas muy solteras.

Tan iguales voluntades

corrieron en esta era,

que a más de cien mil Tarquinos

no se encontró una Lucrecia;

la tórtola enamorada,

la dulce paloma tierna,

por ser aves que amar saben,

las arrullan y gorjean;

la azucena y el jazmín,

símbolos de la pureza,

les daban humo a narices;  
que sólo del gusto eran  
la hiedra, por ser lasciva,  
por madre, la madre selva;  
y si era ley en Egipto  
que en fuego material muera  
la mujer que tenga amor,  
Cleopatra, menos atenta,  
otra ley ha promulgado  
para derogar aquella,  
y es que saquen a quemar  
a la mujer que no quiera;  
Venus y Baco, dos dioses  
de costumbres no muy buenas  
Venus hizo dar traspies,

Baco hizo dar tras cabezas;

en fin, Antonio y Cleopatra

en Alejandría entran

ya del pueblo murmurados,

que es quien antes los celebra;

Oh plebe, la dije entonces,

¿quién puede ser que te entienda?

Quéjaste si el Rey es bueno,

y si no es bueno te quejas;

mañana otra vez querrás

gozarte en delicias nuevas,

pues ni la virtud te agrada

ni del vicio te contentas;

a Marco Antonio Cleopatra

miraba muy fina y tierna,

y no con buena intención,

que cuando una mujer llega  
a repasar a un galán  
el talle, los pies y piernas,  
de tener mucha atención  
anda un poco desatenta;  
mirábala Antonio, como  
el que conocer desea  
a alguna persona y no  
acaba de conocerla,  
llegaron a su palacio,  
y para que desta guerra  
durase la paz deseada,  
solos los dos, sin que hubiera  
quien mediase en estas paces,  
entraron a asentar treguas;  
los dos, dicen, que allá dentro

tuvieron mil diferencias  
sobre el modo de la paz,  
porque duró esta contienda  
más de un mes, en que los dos  
no salieron de una pieza,  
hasta dejar de una vez  
hechas las paces y treguas;  
pues mirad si Antonio es muerto,  
pues murió a la confidencia  
de tu amistad, y mirad  
si también Cleopatra es muerta  
del amor...

OCTAVIANO

Detén el labio,

miente tu atrevida lengua:

Antonio es mi fiel amigo;

yo adoro a Cleopatra bella;

para mí conquista Antonio

esta inexpugnable fuerza,

que con firmes desengaños

se fortalece y pertrecha.

CAIMÁN

Él no sabe que la adoras.

OCTAVIANO

Sabe el cielo, viento y tierra

que respira el alma mía

por los alientos de aquella.

CAIMÁN

Pues Antonio fue traidor.

OCTAVIANO

Es mi amigo.

LÉPIDO

No lo creas,

porque en llegando al amor

no hay amigo que lo sea.

CAIMÁN

¿Quieres ver el desengaño?

a tu hermana que fue prenda

y premio de tu amistad,

repudiar quiere y intenta

darle la mano a Cleopatra.

IRENE

Cierra el labio, infame, cierra,

que de tu boca atrevida

sabré arrancarte la lengua.

¿A mí despreciarme Antonio?

¿Cómo puede ser que sea

sacrificio de la sombra

quien fue de la luz ofrenda?

Antonio me quiere a mí.

CAIMÁN

Bien puede ser que te quiera,

pero más quiere a Cleopatra.

IRENE

Mientes.

CAIMÁN

Y porque agradezcas

mi lealtad...

IRENE

Habla, ¿qué aguardas?

CAIMÁN

Un mes ha que en esta selva

estoy escondido, sólo

porque dije en su presencia

que ¿por qué hacía contigo

una ingratitud tan fea...

IRENE

¿Te quiso dar muerte?

CAIMÁN

Sí.

IRENE

Y dime, ¿sabe la Reina

que es Marco Antonio mi esposo?

CAIMÁN

No lo sabe.

IRENE

Pues no creas

que ella le quiere.

CAIMÁN

Señora,

sí le querrá; porque, él y ella,

él está por ella ciego,

y ella por él está tuerta.

Ya estaba para decirle...

OCTAVIANO

Calla, cobarde, la lengua.

CAIMÁN

Pues yo me voy, déjame

volver a buscarle.

OCTAVIANO

Espera;

¿y adónde está Marco Antonio?

CAIMÁN

Estará de aquí dos leguas

en una quinta, a quien baten

del mar las olas soberbias.

OCTAVIANO

¿Sabrás guiarnos?

CAIMÁN

Sí sé.

OCTAVIANO

Pues por las puras estrellas

que errantemente volando

son celestiales cornejas,

pues siendo del sol su luz

dan luz con la luz ajena...

IRENE

Por esa antorcha segunda,

que ya pálida o serena,

oscurece siempre viva,

está ardiendo siempre muerta,

que he de dar sangrienta muerte...

OCTAVIANO

Que he de dar la muerte fiera

al ingrato amigo...

IRENE

Al falso

burlador de mi belleza.

OCTAVIANO

Fálteme la luz del día.

IRENE

El centro no me consienta.

OCTAVIANO

Los cuchillos de hambre y sed

no me maten y me hieran.

IRENE

Sol y luna me amenacen.

OCTAVIANO

No me alumbren las estrellas

hasta que en su roja sangre...

IRENE

Hasta que hidrónica beba...

OCTAVIANO

Apaguen su sed mis iras.

IRENE

El rojo humor de sus venas.

OCTAVIANO

Muera Antonio.

IRENE

Muera Antonio.

LÉPIDO

Supuesto que es una mesma

causa la que de los dos,

tú puedes marchar por tierra

y yo por el mar ahora

sitiaré la quinta.

OCTAVIANO

Ea,

Lépido, mi sólo amigo,

a embarcar.

LÉPIDO

Desde hoy empiezan

a vengarse mis desdenes.

IRENE  
Toca a marchar.

LÉPIDO  
Toca a leva;

muerto Antonio, será mía

Irene, aunque amor no quiera. (Vase.)

OCTAVIANO  
Ve delante.

CAIMÁN  
Ya yo voy,

seguidme. (Vase.)

OCTAVIANO  
Irene, ¿qué esperas?

IRENE  
Seguiré tus pasos.

OCTAVIANO  
Ven.

IRENE  
Tu mismo enojo me alienta.

OCTAVIANO  
Muera ese traidor amigo

que a los dos ofende.

IRENE  
Muera.

OCTAVIANO

Celos y agravios me irritan.

IRENE

Venganza y celos me llevan.

OCTAVIANO

Ninguno fíe en amigo.

IRENE

Ninguno en amantes crea.

Salen por una puerta LELIO y CLEOPATRA; por otra puerta MARCO ANTONIO y OCTAVIO, capitán.

CLEOPATRA

Dejadme, Lelio.

LELIO

Señora,

mire vuestra majestad...

MARCO ANTONIO

Dejadme, Octavio.

OCTAVIO

Mirad...

LELIO

No os dejéis llevar ahora

de una amorosa pasión.

CLEOPATRA

Ya os digo que me dejéis.

MARCO ANTONIO

Idos.

OCTAVIO

A Octaviano hacéis

una ofensa, una traición.

LELIO

Que han de quitaros, pensad,

el reino.

CLEOPATRA

Eso solicito;

nunca reine yo en Egipto

y reine en mi voluntad.

Esta es mi resolución.

OCTAVIO

Tú, brazo de Febo y Marte,

¿del amor dejas llevarte?

MARCO ANTONIO

Dices bien, tienes razón.

LELIO

Tú, que investaste el desdén

¿sujeta al amor tirano?

OCTAVIO

¿Tú enemigo de Octaviano?

CLEOPATRA

Bien me dices.

MARCO ANTONIO

Dices bien.

LELIO

El reino es más poderoso.

OCTAVIO

Mira que Irene podría...

MARCO ANTONIO

No será Cleopatra mía.

CLEOPATRA

No será Antonio mi esposo.

OCTAVIO

Que han de dar la muerte advierte,

a Cleopatra tus soldados.

LELIO

Tus soldados conjurados

a Antonio quieren dar muerte.

CLEOPATRA

¿Como a tu advertencia tardo...

MARCO ANTONIO

Tomar tu consejo quiero.

CLEOPATRA

Vete, Lelio.

LELIO

Aquí te espero. (Vase.)

MARCO ANTONIO

Vete, Octavio

OCTAVIO

Aquí te aguardo. (Vase.)

MARCO ANTONIO

(Ap.) Temple el valor este fuego.

CLEOPATRA

(Ap.) Hoy este volcán reprimo.

MARCO ANTONIO

(Ap.) Esto ha de ser, yo me animo.

CLEOPATRA

(Ap. Si esto ha de ser, yo me llevo.)

Marco Antonio, honor de Europa,

infelice dueño mío,

espejo en quien se aliñaron

mis potencias y sentidos;

ya sabes que desde el día

que te vi quedó rendido

mi valor tanto a tu fama,

tanto a tu amor mi retiro,

mi desdén tanto a tu queja,

tanto a tu fe mi albedrío,

que en quererte y no quererte,

ya abrasados o ya tibios

los hizo estar más amantes

el mismo estar más remisos.

Y en un jardín una noche  
que con sueño cristalino,  
para murmurarnos luego  
se hizo un arroyo dormido,  
obligándome con ansias,  
quejándote con cariños.  
Atreviéndote con miedos,  
llegándote con desvíos;  
al verme a mí con desdenes  
usados y no sentidos,  
anduviste tan cortés  
que no pareciste fino;  
y aunque respeto es amor,  
dije acá para conmigo:  
el amor que está muy ciego  
no es amor, que está muy vivo;

desde entonces, desde entonces,

mi memoria es mi enemigo,

no sé qué veneno al alma

se me entró de haberte oído;

que quejas a media voz

son los mayores hechizos,

pues mis ojos, que son tuyos,

envidiosos de haber visto

que no entrase amor por ellos

y entrase por los oídos,

con el oído trocaron

un sentido a otro sentido,

tanto, que oigo por los ojos

y miro por los oídos.

tú dijiste que me amabas;

yo te adoro, ya lo digo;

y aunque hago mucho en quererte

vengo a hacer más en decirlo.

ya, pues, cuando nuestro amor,

con estar muy ciego, quiso

que enmiende ciego himeneo

lo que erró sabio Cupido;

contra mí el reino conspira,

que es ley antigua en Egipto

que no puedan los romanos

casarse con los egipcios.

Y como violar no puedo

los estatutos antiguos,

y a tu vida, que es la mía,

amenazan dos peligros,

de perderte y de perderme,

una muerte y dos martirios;

vengo a rogarte, Señor,

con el llanto cristalino

que a mis temores congelo

y a tus ardores derrito,

que te vuelvas a tu reino,

que así por mi vida miro,

pues no puedo yo morir

sabiendo que tú estás vivo.

¡Oh, mal haya el cazador

que en el recatado nido

las tórtolas espantó

que amor unió pico a pico!

¡Mal haya el que astuto sabe

para que fallezca limpio,

poner en la verde gruta

lazos de arena al armiño!

huye, Señor, huye Antonio,

fía a los vientos el lino,

que si te faltaren ellos,

yo te enviaré mis suspiros.

Darte la muerte pretenden

mis vasallos ofendidos;

yo te pierdo, yo te adoro.

MARCO ANTONIO

Señora...

CLEOPATRA

Ten el cuchillo

de tu voz, no me atraviesen

tus pasiones los sentidos,

que la venda de los ojos

me la pasaré al oído.

MARCO ANTONIO

¡Ay rosa, que brotó el Mayo

entre sangrientos espinos,

que ha enfermado de la noche

y no sanó del rocío!

¡Pluguiera a tus dulces ojos,

dioses que idolatro míos,

a cuyas aras rendí

deseos por sacrificios,

que ese fuese sólo el mal

que yo siento!

CLEOPATRA

¿Más activo

dolor que haber de perderme,

si quererte determino?

MARCO ANTONIO

Ese mal tiene el remedio

dentro del mismo peligro.

si tienes para vasallos

a mi amor y a mi albedrío,

sustituye la corona

de Alejandría y Egipto,

a la de Roma que yo

pusiera a tus pies invictos,

si a no haber un grande riesgo,

huyendo a Roma conmigo

podieras...

CLEOPATRA

¿Mayor dolor,

más vivos tiene los filos

este cuchillo que dices?

Responde, Antonio.

MARCO ANTONIO

Más vivos...

CLEOPATRA

Acaba, refiere el riesgo,

¿en qué te suspendes?

MARCO ANTONIO

Digo

que Octaviano, ¡quién pudiera

decirtelo sin decirlo,  
te quiere, y que yo te adoro,  
que es mi amigo y yo su amigo,  
que me ha fiado su amor,  
que a Alejandría ha venido  
a conquistar tu belleza;  
y yo el conquistado he sido;  
que será traición quererte,  
que no quererte es delito,  
que Irene, su hermana, es  
mi esposa, que si prosigo  
en solicitar tus ojos,  
por cuyas luces respiro,  
mis propios soldados son  
los mayores enemigos,

si llevarte quiero a Roma

mi ruina solicito,

pues vengo a ser, si lo miras,

con los dos a un tiempo mismo,

con Irene, falso amante,

y con él, traidor amigo;

irme a los brazos de Irene

es morir en fuego tibio;

ir de Octaviano a la queja

es confesar mi delito;

a mí tus vasallos quieren

darme la muerte ofendidos,

irritados solicitan

darte la muerte los míos;

seguir tu amor es delito;

no quererte es inconstancia,

irme sin ti es darme muerte,  
muerte es quedarme contigo,  
pues qué he de hacer me aconseja  
en extremos tan precisos,  
pues quedándome te pierdo,  
y yéndome te he perdido.

CLEOPATRA

Traidor, infame, villano,  
romano, crüel, indigno  
de adorar estos dos soles  
que a tus ojos les permito,  
de quien son devotamente  
tantos corazones indios;  
dime, ¿si desta hermosura  
eres dueño tan preciso,  
cómo atreviste tus lazos  
para que no fuesen míos?

¿Cómo, ingrato, cómo pagas

cuando esta pasión te fío,

con unos celos villanos

un amor tan bien nacido?

Vivo yo, deidad humana,

diosa de los albedríos,

que pues celos me ocasionas

cuando mi amor significo,

que del puñal de los celos

has de estrenarte en los filos.

¿Tú no dices que no puedes,

no sé cómo lo repito,

dejar de querer a Irene?

Pues hoy de Octaviano admito

el amor para premiarle,

que pues tú mismo me has dicho

que falso adoras a Irene,

y que él me idolatra fino,

con dar a Octaviano el premio

te he de dar a ti el castigo,

MARCO ANTONIO

¿Decirte que la aborrezco

es para tu amor delito?

CLEOPATRA

Decirme que eres su esposo,

es decir que la has querido.

MARCO ANTONIO

Y decir que a ti te adoro,

¿no es decir que a Irene olvido?

CLEOPATRA

No me quieras; porque soy

tan vana, que no permito

que sea mi fino amante

el que no puede ser mío;

que aunque yo amante le adore

y él me adore más activo,

si de mis celos me abraso

de mi vanidad me entibio.

MARCO ANTONIO

Yo quise a Irene, mas fue

antes que te hubiese visto;

vi tu hermosura, y quedé

a tu hermosura rendido.

No se estimara a la luz

a no haber sombra; el sol mismo

a no venir tras la noche

no fuera tan peregrino.

¿Cómo estimará la rosa

quien no se estrenó en el lirio?

¿Cómo ha de extrañar el mar

quien no vio correr al río?

A no haber Diciembre helado,

¿qué fuera el Abril florido?

Todos los opuestos lucen

de los opuestos al viso,

la virtud virtud no fuera

a no ser contrario el vicio.

Luego a ti te está mejor,

que a otra sepa haber querido,

para que de aquella noche

seas el sol, seas del lirio

clavel, de la sombra luz,

Abril del Diciembre frío,

mar de aquel río, y en fin,

seáis las dos, cuando os miro,

ella invierno, lirio y sombra:

tú sol, mar, clavel y estío.

CLEOPATRA

Pues si has hallado la luz,

repudia la sombra.

MARCO ANTONIO

Digo,

que repudio la que llamas

mi dueño, y a ti te admito.

CLEOPATRA

Pues ya aborrezco a Octaviano.

MARCO ANTONIO

Yo no tengo más amigo

que a mi dama. Di, ¿qué haremos?

CLEOPATRA

Que huyendo los dos de Egipto,

por las provincias del Asia

apelemos al asilo

de los montes, y a que en ellos

nos den las grutas abrigo.

¿Qué reino como gozarte?

MARCO ANTONIO

Tu vasallo es mi albedrío;

huyamos, Cleopatra.

CLEOPATRA

Huyamos,

pues en lecho cristalino

descansa el sol del afán

con que visitó a los signos;

y pues de esa hermosa quinta

a este prado hemos salido

a quien le dispara el mar

trabucos de plumas rizos,

sobre las inquietas olas

de los vientos al arbitrio

visitemos las provincias

que el rumbo ha desconocido.

MARCO ANTONIO

Pues para que mis soldados

no te den muerte, es preciso

que vaya a avisar a Octavio

un capitán fidedigno

a quien fié este secreto

aquí has de esperarme.

CLEOPATRA

Hoy sigo

por el norte de tu amor

de tu verdad el camino.

¿Serás mi esposo?

MARCO ANTONIO

Sí soy;

¿Me quieres?

CLEOPATRA

Tanto, bien mío,

desde ahora que en cierta parte

me he holgado de haber tenido

celos, que con solo amor,

tanto mi amor se ha encendido,

que como quererte más

era solo mi destino,

les agradezco a mis celos

todo esto que más te estimo

MARCO ANTONIO

Y yo, Cleopatra, me huelgo

de haberte también oído

que a Octaviano has de querer

si te ofendo, que si píos

los luceros me influyeren

que te olviden mis designios,

de miedo de que le quieras

te querré siempre conmigo.

CLEOPATRA

Pues aquí te espero, esposo,

vete; y de paso te digo,

que a mujer que quieras bien

no digas inadvertido

que hay otro que la pretende,

que amor es todo delirios,

y no hay mujer tan constante

(yo que lo soy te lo aviso),

que le pese que la quieran,

que hay unos celos creídos,

y por venganza o por tema

habrá mujer de capricho

que premiará al que la quiere

por triunfar del que ha querido.

MARCO ANTONIO

¿No hay riesgos en tu constancia?

CLEOPATRA

Mi fe y mi amor son testigos.

MARCO ANTONIO

A solo tu premio anhelo.

CLEOPATRA

Solo a tu consejo aspiro.

MARCO ANTONIO

Voy al mar.

CLEOPATRA

Aquí te aguardo,

ve sin ruido.

MARCO ANTONIO

Ansí te sirvo.

CLEOPATRA

Sin ti no quiero la vida.

MARCO ANTONIO

Venga la muerte contigo. (Vase.)

CLEOPATRA

En tanto que Marco Antonio

vuelve, en el frondoso sitio

que encubren aquellos sauces

de aquel arroyo narcisos,

quiero ocultarme, yo llego,

pero aquí siento ruido,

a estotra parte podré

ocultarme, si benignos

me permitieren los cielos

lograr los intentos míos.

Salen OCTAVIANO, IRENE y CAIMÁN.

CAIMÁN

Llega paso y pisa quedo.

OCTAVIANO

Ya piso con tal primor

que los pasos de el valor

parece que los da el miedo.

CAIMÁN

La quinta es esta que os digo,

y aquesta donde idolatra

a tu enemiga Cleopatra

Marco Antonio, tu enemigo;

esta es su campaña amena,

y este es un monte eminente

a quien el mar obediente

besa las plantas de arena.

(Pisando quedo.)

IRENE

Bien mi industria se previene;

vengareme de un villano.

CAIMÁN

Llega, César Octaviano,

llega, bellísima Irene.

CLEOPATRA

¡Hay más infeliz estrella!

¡Más sospechas en que pene!

aquella voz dijo Irene,

Octaviano dijo aquella.

¿Cómo aquí, divinos cielos

mis contrarios han venido?

Luego dejará el oído

de encontrarse con los celos.

OCTAVIANO

Dime, Caimán, ¿no fue aquí

donde osada y valerosa

me dio la batalla?

CAIMÁN

Sí.

OCTAVIANO

¡Cielos, mis celos vengad!

IRENE

Pues la luna se escondió,

di, ¿por dónde podré yo

embestir a la ciudad?

que el vencimiento seguro

mis crueldades amenazan.

OCTAVIANO

¿No ves que el aire embarazan

las presunciones del muro?

CAIMÁN

Por estas sendas mayores

guíe tu enojo a tus pies;

porque en el prado que ves

hay más áspides que flores.

Por dónde pisas advierte,

lleva atentos los recelos.

IRENE

Más áspides son mis celos

y no me han dado la muerte.

OCTAVIANO

Varias voces ha escuchado

mi cuidadosa atención;

¿qué luces distantes son

las que se ven en el prado?

(Luces dentro.)

CAIMÁN

En día tan singular

tan común es la alegría,

que anda suelta Alejandría

y no hay quien la pueda atar.

A cuanto se ve de aquí

todo tu cuidado atienda;

allí hay música y merienda,

baile allí, juegos allí.

No hay quietud que no retoce,

aquel de ochenta, se pierde

por salir a darse un verde

con la muchacha de doce.

Mira aquella vieja lince

que con rostro arrebolado

sale a darse un colorado

con el muchacho de quince.

Ella hacer trampas intenta,

que ha de engañarle recelo;

¡oiga, el diablo del mozuelo,

que, bien juega a las setenta!

Aquella dama avestruz

tres digiere y a uno ama;

¡Oh, cuál será aquella dama,

pues aquel mata la luz!

¡Qué pocos galanes nones

olvida el amor crüel!

¡Qué mala razón da aquel

de haber hecho mil razones!

OCTAVIANO

Entre estos frondosos ramos,

partos de la ruda arena,

una voz pienso que suena;

oigamos, Irene.

IRENE

Oigamos.

CANTAN

(Dentro.)

La Venus de Alejandría

y el romano más dichoso,

bebiéndose están amantes

las dos almas por los ojos.

De Octaviano, que es su amigo

faltó a la fe y al decoro,

que en estando el amor ciego

no ve al amistad tampoco.

OCTAVIANO

Por eso indignado y fiero,

como es tanta mi pasión,

para esa ciega traición

traigo yo lince el acero.

CANTAN.

(Dentro.)

Repudió a Irene, su esposa,

en sus brazos amorosos:

ya es Antonio de Cleopatra

y ya es Cleopatra de Antonio.

IRENE

Pues vengarme dél espero;

Antonio aleve y tirano,

que si me faltó tu mano,

no me faltará mi acero.

CLEOPATRA

¡Oh voz, corrige el error

con que irritas mis desvelos!

Si no sabes de mis celos,

¿por qué me cantas mi amor?

OCTAVIANO

Voz, no penetres veloz

el uno y otro sentido.

IRENE

¡Que se criase el oído

para sufrir esta voz!

OCTAVIANO  
Lépido parece ya

que a las naves embistió.

IRENE  
¿Iré al muro?

OCTAVIANO  
Irene, no.

(Fuego dentro.)

IRENE  
Ardiendo la mar está

en llamas accidentales;

un volcán la playa es.

OCTAVIANO  
Pues embistamos los tres

ciudad, quinta y mar iguales.

CAIMÁN  
Ya es tiempo de huir.

IRENE  
Tirano,

cobrar la venganza juro.

OCTAVIANO  
Irene, acomete al muro.

IRENE  
A abrasar la quinta, hermano.

OCTAVIANO

Pues con tus soldados parte;

ea, Irene, ve a embestir.

CAIMÁN

Ea, gran Caimán, a huir.

IRENE

Ea, Octaviano, a vengarte.

(Vanse los tres.)

CLEOPATRA

Ejército numeroso

ocupa la tierra y mar.

¿Adónde podré encontrar

a Marco Antonio, mi esposo?

Arde el mar en humo ciego

(Fuego dentro.)

¿Esposo? ¿Antonio? ¿Señor?

Mariposa es el amor

que va a morir en el fuego.

Aquí con nueva crueldad

mayor incendio te aviva.

OCTAVIANO

(Dentro.)

No quede persona viva,

toda la quinta abrasad.

CLEOPATRA

Allí Octaviano también

feliz vence y riguroso;

no fueras tú tan dichoso,

si yo te quisiera bien.

IRENE

(Dentro.)

Dar la venganza a los cielos

de mi traición aseguro.

CLEOPATRA

Irene abrasa allí el muro,

fácil es, que lleva celos;

murió Antonio, que la herida

desta mi pasión advierte

que está cercana su muerte

pues que se acaba mi vida.

Ruego a los cielos, pues ya  
no hay más riesgo en que pene,  
que sea quien te hallare Irene,  
que ella no te matará.

Otra vez quiero intentar  
mover al viento veloz;  
mas que no tengo ya voz  
para poderle llamar.

¿Antonio? el hallarle ha sido (Recio.)

En vano, no me oiré,  
a la distancia que habrá  
desde mi voz a su oído.

Todo en torno mío calla.

¿Antonio? ¿Esposo? ¿Señor? (Recio.)

Sale MARCO ANTONIO con la espada desnuda.

MARCO ANTONIO  
¡Que pueda tanto mi amor

que dejase la batalla!

¿Que dejar vencida aguarde

mi gente, y que amor intente

hacer cobarde al valiente

si hizo al valiente cobarde?

Su voz oí, y mi dolor

es el que me hace volver:

o esta voz debe de ser

conjetura del temor.

Mas para librar su vida

dejo, allí la he de librar,

en las orillas del mar

una nave prevenida.

¿Cleopatra?

CLEOPATRA

¿Antonio?

(A la par estas dos voces, con que no se oye ninguno.)

Yo he oído

mi nombre al viento veloz;

¡qué infeliz anda mi voz,

pues la embaraza mi oído!

MARCO ANTONIO

Adonde mis voces van

otras se impiden veloces.

CLEOPATRA

Otra vez pruebo las voces.

(A la par.)

MARCO ANTONIO

¿Cleopatra?

CLEOPATRA

¿Antonio?

Salen LELIO y OCTAVIO, capitán, con dos hachas.

LOS DOS

Aquí están.

CLEOPATRA

¿Esposo?

MARCO ANTONIO

Norte a quien sigo...

CLEOPATRA

¿Lelio?

MARCO ANTONIO

¿Octavio?

OCTAVIO

¿Cómo aquí?

CLEOPATRA

¿Vienes a buscarme?

LELIO

Sí.

OCTAVIO

Ven conmigo.

LELIO

Ven conmigo.

CLEOPATRA

¡Qué riesgo!

MARCO ANTONIO

¡Qué pena igual!

CLEOPATRA

Al que he sentido...

MARCO ANTONIO

Al que lloro...

CLEOPATRA

Al que he dudado...

MARCO ANTONIO

Al que ignoro...

OCTAVIO

Mayor daño...

LELIO

Mayor mal...

MARCO ANTONIO

Si espera la nave allí,

seré amante el más dichoso.

CLEOPATRA

Si puedo huir con mi esposo,

no hay desdicha para mí.

OCTAVIO

De Lépido a la crueldad

la nave vino a abrasarse.

(El uno habla con CLEOPATRA, y el otro con MARCO ANTONIO.)

LELIO

La ciudad quiere entregarse

si no entras en la ciudad;

mira que están conjurados.

OCTAVIO

Haz que tu valor se aliente.

MARCO ANTONIO

Vamos a ayudar tu gente.

CLEOPATRA

Ven a ayudar tus soldados.

LELIO

Advierte, Señor...

OCTAVIO

Advierte...

LELIO

Que si tu amor la idolatra...

OCTAVIO

Que han de dar muerte a Cleopatra.

LELIO

Que han de dar a Antonio muerte.

CLEOPATRA

Donde tú fueres, es bien

que yo muera valerosa.

MARCO ANTONIO  
Adonde fuere mi esposa

tengo de morir también.

LELIO  
Sane agora tu valor

esta penetrante herida.

OCTAVIO  
No hacer caso de la vida

es no estimar el amor.

LELIO  
Diez mil hombres tu ira tiene.

OCTAVIO  
Dos mil soldados te esperan.

MARCO ANTONIO  
Lépido y Irene mueran.

CLEOPATRA  
Muera Octaviano y Irene.

MARCO ANTONIO  
No quiero, esposa, pues arde

en mi esta ira prudente,

si me has querido valiente,

que me aborrezcas cobarde.

CLEOPATRA

Ni yo he de querer ahora,  
  
puesto que importa mi vida,  
  
que me aborezcas vencida  
  
pues me amaste vencedora.

OCTAVIO  
Pues de tu triunfo blasona.

LELIO  
Defiende tu muro pues.

MARCO ANTONIO  
Yo pondré el mundo a tus pies.

CLEOPATRA  
Yo en tus sienes mi corona.

MARCO ANTONIO  
Ea, valiente deidad.

CLEOPATRA  
Pues ea, Antonio valiente,

ve a socorrer a tu gente.

MARCO ANTONIO  
Ve a socorrer tu ciudad.

CLEOPATRA  
Pues voyme, si esto ha de ser.

MARCO ANTONIO  
Digo, que voy temeroso.

CLEOPATRA  
Habla, ¿qué temes, esposo?

MARCO ANTONIO  
Temo que no te he de ver,

que somos tan desdichados...

CLEOPATRA

Mi constancia te aseguro.

LELIO

Mirad que se rinde el muro.

OCTAVIO

Mira que huyen tus soldados.

MARCO ANTONIO

Valor este acero tiene.

CLEOPATRA

Ya sabe vencer mi mano.

MARCO ANTONIO

Mira no te halle Octaviano.

CLEOPATRA

Mira no encuentres a Irene.

OCTAVIO

Octaviano allí se advierte.

LELIO

Irene allí va a embestir.

MARCO ANTONIO

Pues a matar o morir.

CLEOPATRA

A matar o a darme muerte.

MARCO ANTONIO

¡Amor, hazme venturoso!

CLEOPATRA

¡Celos, hacedme dichosa!

MARCO ANTONIO

El cielo te guarde, esposa.

CLEOPATRA

El cielo te guarde, esposo.

Jornada tercera

(Al ruido de guerra tocan al arma, y dicen dentro.)

LIBIA

Muera César Octaviano.

IRENE

La reina Cleopatra muera.

CLEOPATRA

Dad la muerte a Irene fiera.

MARCO ANTONIO

Muera Lépido, el romano.

OCTAVIANO

Hoy probará mi castigo.

IRENE

Monte y prado y ciudad arda.

OCTAVIANO

No huyas, soldado, aguarda.

CAIMÁN

No puedo yo más conmigo.

IRENE

Vuelve a la batalla pues.

OCTAVIANO

Si no quieres embestir,

haz fuerza para no huir.

CAIMÁN

Señor, se me van los pies.

OCTAVIANO

Lépido va derrotado.

Sale CAIMÁN.

CAIMÁN

A socorrerle me arrojo;

en no siendo un hombre cojo,

muy bien puede ser soldado;

el monte mi abrigo es,

un ave soy por mi mal

que nadie la ha visto tal,

que soy gallina montés;

callando aquí como un monje

la lid sangrienta veré,

no hay mayor contento que

ver una batalla a longe;

del que embiste y se retira

aquí daré testimonio;

lindo tahúr es Antonio,  
con todo el mundo se tira; (Tocan.)  
Octaviano, airado y ciego,  
tira, aunque más la idolatra  
a la gente de Cleopatra  
cuchillada de manchego;  
mas Irene el suyo atiza,  
y Cleopatra, ¡mal osados!  
con dos mil huevos soldados  
ha de dar en la ceniza,  
Lépido volcanes fragua,  
en el mar, Alcides nuevo,  
también es soldado huevo,  
que anda pasado por agua  
Antonio en su capitana,

porque su gente se aburra,  
les da una famosa zurra  
encima de la badana;  
yo rabio, yo me endemonio,  
que ya no tengo temor  
por ir, pues va vencedor,  
a ayudar a Marco Antonio;  
pero Caimán, ten sosiego,  
oye agora, mira y calla,  
que es vinagre una batalla  
y suele torcerse luego;  
pero súplanme este error  
por esta verdad divina;  
verdad es que soy gallina,  
mas para eso soy traidor;  
pues ser gallina no dudes,

Caimán, sigue tu ejercicio,

que no te importa este vicio

teniendo estas virtudes;

de Irene allí la crueldad

ninguna crueldad iguala,

y sin pagar alcabala

se va entrando en la ciudad

la victoria tiene cierta;

Antonio, y Cleopatra, airada, (Tocan.)

pienso que la ha hecho cerrada,

y Octaviano la ha hecho abierta;

y en la ciudad con tal brío

entra, y tal resolución,

como juez de comisión

en lugar de señorío;

ya está echado el primer fallo;

famosa ocasión perdí;

la reina Cleopatra allí

viene huyendo en un caballo

hacia este monte: recelo

que huye también como yo;

el caballo tropezó;

matose.

Sale CLEOPATRA, tropezando con arco y flechas.

CLEOPATRA

¡Válgame el cielo!

CAIMÁN

Levanta, Reina, si quieres

librarte.

CLEOPATRA

¿Quién eres, di?

CAIMÁN

Un hombre que estaba aquí

esperando a que cayeras.

CLEOPATRA

Di en la arena: más dichosa

no ha podido ser mi suerte.

CAIMÁN

Por poco das con la muerte.

CLEOPATRA

No soy yo tan venturosa;

dejadme, cielos, que pene

con sentimiento inhumano,

no que me venza Octaviano,

sino que me venza Irene;

mas si Antonio con rigor

aborrece tu beldad,

triunfa tú de mi ciudad

y triunfe yo de su amor.

¿Hombre?

CAIMÁN

Caimán soy.

CLEOPATRA

¿Tú eres?

¿Dónde está Antonio?

CAIMÁN

En el mar,

y a tu lado me has de hallar

para huir donde quisieres.

CLEOPATRA

Di si ha vencido, si sabes

dar a mi mal un remedio.

CAIMÁN

A Lépido abrió por medio

una docena de naves.

CLEOPATRA

De sangre el campo se baña

CAIMÁN.

Mis enemigos mayores

hoy se han vuelto corredores,

no de lonja, de campaña.

CLEOPATRA

Ya parece que triunfante

le está el prado obedeciendo

CAIMÁN

Si no es los que van huyendo,

nadie se pone delante.

CLEOPATRA

Pues irme con él espero

a templar esta pasión,  
  
pues tan dichosa ocasión  
  
me ha querido dar el cielo;  
  
no pudo la suerte agora  
  
trocar su curso enemigo;

Antonio, ya voy contigo.

CAIMÁN  
Oye, espérate, Señora.

CLEOPATRA  
No se pase mi fortuna;

tenerme piensas en vano.

CAIMÁN  
Las escuadras de Octaviano

le acometen una a una.

CLEOPATRA  
Pues yo le voy a ayudar

que así mi vida remedio.

CAIMÁN  
Irene se ha puesto en medio

y ya no puedes pasar.

CLEOPATRA  
Yo voy.

CAIMÁN

Detente, Señora,

que es ya tu muerte precisa,

y no es la vida camisa

que se muda cada hora.

CLEOPATRA

¡Oh fortuna, cómo irritas

con lo que obligado estás!

Si has de quitar lo que das,

¿para qué das lo que quitas?

Mi deseo, dulce esposo,

es quien malogra tu suerte,

¡quien pudiera aborrecerte

para hacerte venturoso!

La fortuna se ha trocado,

¡oh cielos, siempre enemigos!

MARCO ANTONIO

(Dentro.)

No huyáis, soldados amigos.

CAIMÁN

Sí huyáis, amigos soldados

alguna flecha veloz

mira no te encuentre acaso.

IRENE

(Dentro.)

Atajad a Antonio el paso.

CLEOPATRA

¿Qué flecha como esta voz?

CAIMÁN

Entrarme en la lid prevengo,

si antes corrí como galgo,

y ahora que ha escampado salgo,

que yo con quien vengo vengo.

¡Viva Irene y Octaviano!

CLEOPATRA

¡Quién te pudiera matar!

Irene quiere atajar

en la orilla del mar cano

a Antonio; ¡fuerte pasión!

¡Oh cielos, quién la matara!

¡Oh si esta flecha acertara

al blanco del corazón!

(Dispara una flecha al vestuario.)

Mas la indignación erró

de mi ira mal satisfecha

a Irene tiré la flecha,

y a Marco Antonio acertó.

¡Mayor pena, más dolor!

¿Que permitiesen los cielos

que la tirase a los celos,

y me diese en el amor?

En el suelo cayó herido,

y Irene matarle quiere,

y no le halla; si valiere

desta leona el bramido,

más amorosa, más fiera

le voy a resucitar,

o he de arrojarme en el mar

si le ha dado muerte.

Al entrarse sale MARCO ANTONIO, con la espada quebrada y herido con una flecha.

MARCO ANTONIO

Espera,

el llanto y la pena deja,

que tu dolor aconseja,

dulce y airada homicida,

que si enfermé de tu herida,

ya he sanado de tu queja.

¿Tú eres quien me heriste?

CLEOPATRA

Sí,

primero muriera aquí.

MARCO ANTONIO

Pues cuándo, si lo reparas,

las flechas que tú disparas

no me han penetrado a mí?

CLEOPATRA

Venciome Octaviano airado.

MARCO ANTONIO

Irene de mí ha triunfado.

CLEOPATRA

¡Oh fortuna rigurosa!

tú me has hecho más hermosa,

y yo a ti más desdichado.

MARCO ANTONIO

¡Airado el cielo maldiga

la cruel mano enemiga

del villano labrador

que no perdonó la flor

yendo a castigar la espiga

CLEOPATRA

Pues mi fortuna no medra,

no tenga en la suya medra

el que degolló arrogante

al olmo verde gigante

por las culpas de la hiedra.

MARCO ANTONIO  
Mátele otra fiera ardiente

al que cautelosamente

estorbó fiero animal

la fatiga del panal

a la abeja diligente.

CLEOPATRA  
En fin, ¿por mi causa mueres?

MARCO ANTONIO  
Tú mi suerte y mi luz eres;

esa es, Cleopatra, mi dicha.

CLEOPATRA  
En que tienes mi desdicha

echo de ver que me quieres.

OCTAVIANO  
(Dentro.)

Buscadla en el monte.

IRENE  
(Dentro.)

Al llano.

MARCO ANTONIO  
Escaparnos es en vano.

OCTAVIANO  
(Dentro.)

Antonio entró en la espesura.

CLEOPATRA  
Allí Irene te procura.

MARCO ANTONIO  
Allí te busca Octaviano.

CLEOPATRA  
Pues desde esta roca quiero

arrojarme al mar primero,

porque mi valor me esfuerza

a no rendirme a una fuerza,

ya que me rendí a un acero.

MARCO ANTONIO  
Pues para que mi enemigo,

cuando tus dos soles sigo,

no pruebe en su amor sus lazos,

esposa, dame los brazos,

que voy a morir contigo.

CLEOPATRA  
La mar nos guarda espumosa.

MARCO ANTONIO  
¡Suerte hay más rigurosa!

CLEOPATRA

¡Amor el más inhumano!

ea, ¿no me das la mano?

MARCO ANTONIO

Y el alma con ella, esposa.

CLEOPATRA

Di, ¿quién puede ser aquel

que estorbe amor tan fiel?

MARCO ANTONIO

¿Quién impedirá este amor?

(Vanse a abrazar.)

Salen por dos puertas IRENE y OCTAVIANO, y toma IRENE de la mano a MARCO ANTONIO, y OCTAVIANO a CLEOPATRA.

IRENE

Yo le impediré, traidor.

OCTAVIANO

Yo lo estorbaré, cruel.

MARCO ANTONIO

¿Hay más riesgos en que pene?

CLEOPATRA

Siempre un mal tras otro viene.

MARCO ANTONIO

Quejareme a amor tirano.

CLEOPATRA

Suéltame, César, la mano.

MARCO ANTONIO

Suéltame la mano, Irene

OCTAVIANO

Ingrata, a la luz que bella,

si en tu mano está mi estrella,

con ella me he de vengar.

(Sacan las dagas IRENE y OCTAVIANO.)

IRENE

Mi mano te he de dejar

para matarte con ella.

OCTAVIANO

Muera un amigo que fue.

IRENE

Muera este traidor que ha hecho...

OCTAVIANO

Detén, Irene, el puñal.

IRENE

Suspende, hermano, el acero.

OCTAVIANO

Yo he de dar la muerte a Antonio,

cobrar la venganza debo

de una traición y un agravio

de mi amor.

IRENE

Yo de un desprecio.

MARCO ANTONIO

Dadme a un tiempo los dos muerte,

que aunque os indignéis, sospecho

que no me podréis matar

sólo porque lo deseo.

CLEOPATRA

Pues ya que darle una muerte

intentéis, yo os aconsejo,

que Irene dé muerte a Antonio,

y a mi Octaviano, que es cierto,

que quien a mí me dé muerte,

da muerte a Antonio, supuesto

que son mi vida y la suya

una vida en dos sujetos;

pues en las dos vuestras vidas

aprovechen el acero;

en él, porque te ha ofendido,

y en mí porque te aborrezco.

OCTAVIANO

Tú, Cleopatra, me aborreces

por estrella, y yo no puedo  
hacer que me quieras bien;  
pero puedo, por lo menos,  
dar muerte a un traidor amigo  
que al fiarle mis secretos  
traidor del alma usurpó  
los tesoros de mi pecho;  
si le doy la muerte airado,  
de mí es de quien más me vengo,  
pues dándote a ti la muerte  
me doy la muerte a mí mismo:  
pues él muera y vive tú,  
pues desta suerte aprovecho  
a mi amor esta experiencia  
y a su traición este ejemplo

muere, infame.

IRENE

Tente, aguarda.

Mi esposo es este y mi dueño,

y pues de su amor te acuerdas,

acuérdate de mis celos;

Cleopatra muera y él viva,

quítale tú este contento

de ver que vive quien quiere,

y déjame este consuelo,

que con quitarle la vida

no me evitas el desprecio;

muera de mí despreciado

el falso Antonio viviendo,

perdona tú su traición.

Que no estarás satisfecho

tanto en matar un traidor

como en que conozca el pueblo

que hiciste, como quien eres,

si él como traidor ha hecho.

MARCO ANTONIO

Dareme yo a mí la muerte.

OCTAVIANO

Traidor, falso compañero,

ya que hiciste la traición

no confieses que la has hecho.

CLEOPATRA

¿Pues qué traición hizo Antonio

en quererme? ¿puede él mismo

hacer violencia a su estrella?

OCTAVIANO

No; mas puede hacer esfuerzos

para no amarte, y Antonio

te adora con tanto exceso

que sacrifica a tu oído

las víctimas del silencio.

IRENE

Y di, contra mi belleza,

¿cómo atreviste el desprecio

de procurar estos lazos,

que tú procuraste estrechos?

MARCO ANTONIO

El ejemplo está a los ojos,

si quieres ver el ejemplo;

nace ciego un hombre y oye

decir que hay sol en el cielo,

cobra de noche la vista,

y al cobrarla, lo primero

que ve en el cielo es la luna;

este es el sol, dice luego,

que tan hermoso le tuve

presumido en mi concepto;

sale luego el sol hermoso,

y al mirar sus rayos bellos

todo un sentido le deja  
de admiraciones suspenso;  
olvídase de la luna,  
y al ver sus rayos primeros  
repudia como confusos  
los que idolatró serenos;  
ciego fui, cobré la vista,  
luna fuiste de mi cielo,  
juzguete sol por entonces,  
salió otro sol más perfecto;  
yo te admiré, no lo dudo,  
rayos tienes, no lo niego,  
tiénelos el sol más claros;  
y así, Irene, ten por cierto  
que he de adorar este sol  
o he de volverme a ser ciego.

IRENE

Yo te quitaré los ojos.

OCTAVIANO

Tente, que vengarme espero

con la más nueva venganza,

con el más raro tormento

que puede humana pasión

aconsejar al desprecio;

en ese hermoso castillo,

antes de Egipto, y ya nuestro,

de ti el más cruel alcaide

será Antonio el prisionero;

yo a la tienda de campaña

que en ese monte soberbio

la defienden de la vista

las murallas de esos fresnos,

quiero llevarme a Cleopatra,

donde a los cielos prometo

hacerla posible mía,

a la violencia o al ruego;

tú harás que segunda vez

te solicite tu dueño

dando en decentes disculpas

amorosos escarmientos;

si él, negado a tus pasiones,

si ella, esquiva a mis afectos.

ni él reduce su inconstancia

ni ella templare mi incendio,

mueran ausentes los dos

al cuchillo de los celos,

pues ve ella que tú le adoras

y él sabe que yo la quiero;

no hay amante que no sea

desconfiado, y así es cierto  
que Cleopatra ha de pensar,  
si tiene el amor atento,  
que es fácil volver a amar  
lo que se adoró primero;  
y él presumirá también,  
si como es amante es cuerdo,  
que hará tal vez la porfía  
lo que no hiciera el deseo  
su desconfianza los hiera,  
no el puñal los mate luego,  
que tiene muy embotados  
la sospecha los aceros;  
y ya que esto no se logre  
no se gocen por lo menos  
la dolencia de no verse

escarmiente su amor ciego;

limite tiene el amor,

término tiene su imperio,

mudanza hay en sol y luna,

variedad en los luceros

mañana aborrecerá

Lo que agora está queriendo,

y él podrá ser que se acuerde

de la que le quiso un tiempo;

con que vendremos los cuatro

yo a vivir con el consuelo

de procurar dueño mío

al que he consultado ajeno;

tú a vengarte de una ofensa,

él a adolecer de un miedo,

yo a sanar de una esperanza

y ella a morir de unos celos.

IRENE

Bien dices, ven al castillo.

CLEOPATRA

Échaste a perder con eso,

que le tengo más amor

en viendo que no le tengo.

OCTAVIANO

Ven a mi tienda.

MARCO ANTONIO

¿Qué importa

querer apartar el fuego,

si el quererle hacer menor

es hacerle más inmenso?

OCTAVIANO

Eres traidor.

MARCO ANTONIO

Soy amante.

IRENE

Eres mi esclava.

CLEOPATRA

No puedo,

que Antonio, que es dueño mío,

me ha puesto en el alma hierros.

OCTAVIANO

¿Qué se ha hecho tu fortuna?

IRENE

¿Tu honestidad qué se ha hecho?

MARCO ANTONIO

¿Pues cómo he de ser dichoso

si he confesado que quiero?

CLEOPATRA

¿Cómo ha de tener templanza

quien tiene conocimiento?

OCTAVIANO

Mía serás.

CLEOPATRA

Soy de Antonio.

IRENE

Sígueme.

MARCO ANTONIO

Morir deseo.

CLEOPATRA

Adiós Antonio.

OCTAVIANO

No le hables.

MARCO ANTONIO

¿Cleopatra?

IRENE

Quéjaste al viento.

OCTAVIANO

Yo rendiré su valor.

IRENE

Yo sabré templar su incendio.

CLEOPATRA

No dudes de mi constancia.

MARCO ANTONIO

No tengas de mí recelos.

IRENE

Cuchillo hay para esa injuria.

OCTAVIANO

Puñal hay para este esfuerzo

CLEOPATRA

Tuya soy, esposo mío.

MARCO ANTONIO

Tuvo soy, infeliz dueño.

(Vanse ANTONIO y IRENE por una parte, y los dos por otra.)

SARGENTO

(Dentro.)

Vaya el gallina a la playa,

que en el rancho no ha de estar;

váyase el galgo a cazar.

Salen SARGENTO y CAIMÁN

CAIMÁN

Vaya norabuena.

SARGENTO

Vaya,

vaya el que huyó en la presencia

de todos.

CAIMÁN

Señores, quedo;

tomé por purga ruimiedo,

y diome luego correnca.

SARGENTO

La liebre se vaya al prado,

que allí hay bien donde correr.

CAIMÁN

Por eso no puede ser

un hombre de bien soldado;

señores, no huí de vicio,

y culparme no es razón,

estaba un poco holgachón

y fuime a hacer ejercicio.

SARGENTO

¿Ha señor soldado brioma?

CAIMÁN

Señores soldados nuevos.

SARGENTO

Póngame aquí un par de huevos.

CAIMÁN

Sí haré, como se los coma.

SARGENTO

Huya usted.

CAIMÁN

Ya tengo cuenta;

desta playa quiero irme.

SARGENTO

Señor Caimán, ¿quieres huirme

una batalla a las treinta?

¿Saltamontes?

CAIMÁN

¿Qué me quieres?

SARGENTO

¿Saltamontes? (Vase.)

CAIMÁN

Bueno está;

éste mi nombre será

para mientras yo viviere;

con muy honrado renombre

desta batalla he quedado.

¡Desdichado del soldado

a quien le ponen un nombre!

Pan un soldado pidió,

y a un amigo muy seguro

le dijo: ¿tenéis pan duro?

y pan duro se quedó;

dio con un chuzo un soldado

a otro un golpe, y otro habló,

¿con la punta? y dijo él, no,

con la porra le ha pegado

y fue tan grande la zorra

que todos con él tomaron,

que desde allí le llamaron

a una voz, daca la porra.

Entro por aquí, por ver

si aquí no soy conocido;

gente viene y hay gran ruido

(Escóndese.)

Salen LÉPIDO, LELIO y OCTAVIO.

LÉPIDO

Desta manera ha de ser,

atentamente escuchad.

OCTAVIO

¿Lo que intentas no sabré?

LELIO

Habla.

LÉPIDO

Yo os lo contaré,

pisad quedo y escuchad

ya sabéis que Marco Antonio

me venció en el mar salado,

y ya sabéis que por tierra

triunfó de Antonio Octaviano;

ya sabéis que quise a Irene.

LELIO

Fue influencia de los astros.

LÉPIDO

Pues viendo que ella desprecia

un amor que ha tantos años

que es roca a su residencia,

a su constancia peñasco;

vengo a hacer el mayor hecho

que en hojas de bronce y mármol

a la memoria esculpieron

Scipiones y Alejandro.

OCTAVIO

¿Vienes a robar a Irene?

LÉPIDO

Ya mi amor está templado,

y no quiero yo mujer

que solicita otros brazos,

que cuando llegue a los míos,

si se acuerda del que ha amado,

será forzoso el cariño

y violento el agasajo.

LELIO

¿Qué intentas?

LÉPIDO

Vengarme della,

y vengarme de Octaviano;

dél, porque le dio a su hermana,

della porque ha despreciado

mis finezas.

OCTAVIO

¿De qué suerte?

LÉPIDO

Pisad quedo, y venid.

LELIO

Vamos.

LÉPIDO

Yo he de librar a Cleopatra

y Marco Antonio, si el hado

me permitiere benigno

ver mis intentos logrados.

OCTAVIO

¿De qué suerte?

LÉPIDO

A ese castillo,

donde Irene está apostando

un ruego a una resistencia,

y una confianza a un agrado,

envié un soldado esta noche

que atrevidamente cauto

le diese a Antonio un papel

donde digo que le aguardo

en el mar con una nave

en que le ofrezco el amparo

de un amigo, si hay amigos

para un hombre desdichado;

joyas le envié también,

por si con ellas acaso

pudiese doblar las guardas,

y otro papel he enviado

a Cleopatra, y un vestido

de hombre, con que disfrazando

la voz y el traje, podrá

huir desde el monte al prado.

OCTAVIO

¿Qué intentas con eso?

LÉPIDO

Intento,

que ni Irene ni Octaviano,

ni él logre aquel Etna ardiente,

ni ella aquel volcán helado;

para que todos a un tiempo

una experiencia tengamos

del fuego ella en que me quemo,

él del hielo en que me abraso,

yo de una venganza honrosa,

y porque no sean entrambos,

Cleopatra tan infeliz

ni Antonio tan desdichado.

LELIO

¿Sabe Cleopatra que a Antonio

avisaste?

LÉPIDO

Ya han llegado

las dos espías, y dicen

que ya a los dos avisaron.

LELIO

¿Saben el sitio en que aguardas?

LÉPIDO

Sí saben; con cien soldados

tú a Antonio en aquel margen

que riega ese arroyo manso,

y tú puedes a Cleopatra

esperar con otros tantos,

que yo parto a prevenir

la nave.

OCTAVIO

¿Pues qué esperamos?

LELIO

A obedecerte partimos.

OCTAVIO

Ley es en mí tu mandato.

LELIO

Débate Egipto ese triunfo.

OCTAVIO

Débate Roma ese aplauso.

LÉPIDO

De Irene me he de vengar.

LELIO

Vengaraste de Octaviano.

(Vanse LELIO, LÉPIDO y OCTAVIO.)

CAIMÁN

¿Qué he de hacer deste secreto,

que le tengo atravesado

en el corazón, y está

dando en el pecho mil saltos

por salirse? ¿pero yo

había de ser silbato?

ser ladrón, vaya, que en fin

es oficio aprovechado

ser gallina no es peor,

que como un hombre sea sano,

aunque ande con mil valientes

vivirá ducientos años;

pero soplón, eso no,  
allá se lo haya Octaviano,  
con sus celos se lo coma,  
huyan los amantes caros,  
que todo lo que es huir  
cuando sea necesario  
me parece a mí de perlas,  
de diamantes y topacios;  
ahora bien, en este suelo,  
pues que la noche ha cerrado,  
presumo dormir agora  
tan rendido como largo;  
que mi sargento me ha dicho  
que he de hacer la posta al cuarto  
postrero, y yo quiero agora  
dormir en todo este ochavo;

aquí en la playa del mar

tengo de asentar mi rancho,

que corre aquí un vientecillo

tanto como yo, y es harto

sueño de marido pobre

tengo; ahora bien, durmamos,

que yo he cobrado ya fama

para estar durmiendo un año.

Sale CLEOPATRA, con un vestido de hombre debajo del brazo, en lo alto de un peñasco.

CLEOPATRA

Con lo oscuro de la noche

desta tienda de Octaviano

sin que su oído me atienda

he salido a este peñasco

a ponerme este vestido

de hombre, que Lépido ha enviado.

¡Qué callada está la noche!

¡El inquieto mar qué manso!

¡Esta maleza qué oscura!

¡Todo aquel monte qué opaco!

¿Cómo me podré librar?

Si irme en este traje aguardo,

no podré, que está cubierto

de centinelas el campo;

si aquí me estoy, es posible

que si despierta Octaviano

se malogre mi esperanza.

¿Qué haré, cielos soberanos,

pues tan cerca de la dicha,

tan lejos del bien me hallo?

Sale EL SARGENTO

SARGENTO

Aquí pienso que bajó

Caimán, y aunque le he avisado

que ha de hacer posta, sospecho

que se habrá ido; roncando

está en la playa. ¿Ha Caimán?

CAIMÁN

¿Quién me llama?

SARGENTO

Yo le llamo;

venga a hacer la posta.

CAIMÁN

Posta,

tan bien como todos la hay

cuando me importa.

SARGENTO

Así es;

pero venga a hacer el cuarto

de la modorra.

CAIMÁN

¿Qué nombre

es el que me da?

SARGENTO

Octaviano.

CLEOPATRA

¿Octaviano dio por nombre?

CAIMÁN

Vamos, señor sargento.

SARGENTO

Vamos.

CAIMÁN

Si a hacer la modorra voy,

yo me dormiré en llegando.

(Vanse el SARGENTO y CAIMÁN.)

CLEOPATRA

Parece que más propicio

quiere socorrerme el hado,

pues sé el nombre, sin mudarme

en el traje de hombre bajo,

y probaré esta fortuna;

sedme favorables, astros;

el sueño a Octaviano ocupa,

pues con este nombre, en tanto,

he de libertar un alma;

noche, infundidle letargos. (Vase.)

Sale MARCO ANTONIO

MARCO ANTONIO

Venció a las guardas el oro

salí del castillo al campo,

que el oro es llave que ha abierto

los alcázares más altos;

en este monte ha de estar

con cien soldados Octavio

esperando a que yo logre

este ardid, valor, huyamos.

¡Qué oscura yace la noche!

si leer procuro, los rayos

de la luz que escribió el sol,

no se ve en el aire un rasgo;

en el mar, el prado, el monte

lo sombra se ha amontonado,

y el concurso de las sombras

busca su primero caos.

¿Por dónde podré pasar

a aquel monte, que he pensado

que las centinelas mudas

han de corregir el paso?

Buscar por aquí procuro

una senda. (Vase.)

Sale CLEOPATRA por el monte.

CLEOPATRA

Mar salado,

acógeme en tus espumas,

halle en tus aguas amparo

una infelice mujer;

bajé con el nombre al prado,

diéronme paso dos postas,

y a la tercera llegando

pidió el nombre; yo, que apenas

voy a pronunciarle, tardo,

y respondo Marco Antonio,

yendo a decir Octaviano;

que como este nombre estaba

en mi memoria grabado,

me olvidé del que aborrezco

y repetí el que idolatro;

en el puerto la esperanza,

que cuando el fuego disfrazo

la calentura de amor

saliese en voces al labio.

OCTAVIO

(Dentro.)

Cleopatra ha salido al monte,

seguidla todos, soldados.

CLEOPATRA

Todo el campo me ha sentido,

y ya despierto Octaviano

sale de la selva al monte;

éste el hecho más extraño

ha de ser que hayan oído

los egipcios y romanos;

vaya esta para la mar.

(Arroja la ropa y una basquiña a la mar.)

Ya arrastro un amor profano;

vaya a la mar este adorno

instrumento de mis daños;

sea este puñal aquí,

(Clava el puñal en el arena.)

de mi ruina el aparato,

y oiga el mundo mi constancia;

desta manera, tirano,

no podrás lograr tu amor,

recíbame el mar salado

en sus salobres entrañas

y no me goce Octaviano.

(Hace como que se arroja, y éntrase.)

OCTAVIANO

(Dentro.)

Cleopatra al mar se arrojó;

bajad todos.

Sale MARCO ANTONIO

MARCO ANTONIO

¡Ay de mí!

la voz de Cleopatra oí,

o el oído me engañó.

¿Si su amor constante o ciego

le quiso precipitar

porque apague todo un mar

lo que encendió todo un fuego?

ciertos como son mis males

mis evidencias serán,

que sin que haya viento están

moviéndose los cristales.

OCTAVIANO  
(Dentro.)

En el mar está, sin duda;

de la tienda se ha arrojado.

MARCO ANTONIO  
¡Oh quién se hubiera quedado

solamente con la duda!

Salen OCTAVIANO y OCTAVIO, con un hacha encendida.

OCTAVIANO  
Venid a la playa.

OCTAVIO  
Vamos.

OCTAVIANO  
Que aún no habrá mucho imagino.

MARCO ANTONIO  
Segunda vez me destino

al abrigo destes ramos;

(Escóndese.)

desde aquí escuchar podré

o mi victoria o mi muerte.

OCTAVIANO

¡Hay más infelice suerte!

Sobre la espuma se ve

su vestido y el cendal

que fue nube a su hermosura.

OCTAVIO

Sobre esta lancha procura

manifestar el cristal

del abismo.

OCTAVIANO

Pues entremos;

déjate esa antorcha aquí;

muerta es Cleopatra ¡ay de mí!

pon a la lancha seis reinos,

busquémosla desta suerte.

OCTAVIO

Pues entra en la lancha.

(Vase, y dejan una hacha de tea arrimada a un peñasco.)

OCTAVIANO

Ven.

MARCO ANTONIO

Tuve un bien, y fue aquel bien

una señal de mi muerte;

ya murió Cleopatra bella,

ya el mar la habrá sepultado,

ya no soy más desdichado

que ya falleció mi estrella,

un bulto en el agua miro,

y agora es fuerza templar,

porque no se inquiete el mar,

el viento con que suspiro;

olas, mi amor ayudad,

haga mi piedad su oficio,

(Entra al vestuario, y saca una ropa de Cleopatra.)

iba a buscar un indicio,

y encontré con la verdad;

sólo me dio la mar pura

por seña de que murió

este adorno que sobró

a su infelice hermosura.

OCTAVIANO  
(Dentro.)

No parece ya.

MARCO ANTONIO  
¡Oh dolor,

imposible de escuchar!

más feliz que yo es el mar

pues la ha guardado mejor;

busqué en el mar despojos

de una desdicha tan cierta;

ya sé que si ella está muerta,

que no la errarán mis ojos.

(Mira al vestuario, entra y saca unos cabellos.)

¡Ay mi Cleopatra, ay luz mía!

No parece en el abismo,

estatua soy de mí mismo.

¡Oh ejemplo de Alejandría!

¡Oh prodigio varonil

del más portentoso amor,

anegada y mustia flor

a las lluvias del Abril!

otro ejemplo soy igual,

y pues vivir es morir,

contigo voy a vivir

en el salobre cristal;

pero más mi pasión yerra,

yo propio me he de matar;

da tú un ejemplo a la mar,

y yo le daré a la tierra.

¡Ay esposa, ay firme amor!

Ea, darme la muerte quiero,

no traigo conmigo acero,

pero ya traigo dolor;

un sudor me cubre helado

y antes que muera, pues muero,

ir a que me maten quiero

los áspides deste prado.

(Va a entrar, y topa la daga de Cleopatra.)

El prado un acero fiero

ha producido a mi pena,

lágrimas sembré en la arena,

y ella produjo un acero.

(Toma el acero.)

Esta es la dicha primera

que dio mi estrella importuna,

no es poco que la fortuna

me haya dado con qué muera;

Cleopatra, luz a quien sigo,

aunque yo soy mi homicida,

hoy ha de empezar mi vida,

pues voy a morir contigo.

(Escribe en el arena.)

Dé la arena testimonio

de mi más felice suerte,

mi vida escribió en mi muerte;

aquí vive Marco Antonio.

Peñasco azul, parda arena,

cielo, aire, mar espumosa,

clavel, galán de la rosa,

jazmín, que amas la azucena;

Clicie, que al sol enamoras,

águila, que al sol te atreves,

garza, que los vientos bebas,

tórtola, que tu amor lloras;

peces, que el mar discurrís,

fieras, que el monte habitáis,

nubes, que el aire ocupáis,

peñas, que mi mal sufrís;

todos daréis testimonio

al que este amor no creyere

que aquí Marco Antonio muere

y aquí vive Marco Antonio.

(Dase una puñalada y cae muerto.)

Sale CLEOPATRA medio desnuda.

CLEOPATRA

Fingí que al mar me arrojaba,

y en una gruta silvestre

(bostezo que dio la tierra  
de perezosa o estéril)  
he estado hasta ahora oculta;  
y porque todos creyesen  
que di en el mar, un peñasco  
para que las aguas suenen  
arrojé del monte al mar;  
y para que me creyesen,  
esta seña de mi vida  
para indicios de mi muerte;  
esta defendida playa  
de tantos árboles verdes,  
a mi libertad deseada  
seguridades ofrece;  
porque los soldados todos,  
y Octaviano, que los mueve,

buscan por el mar indicios

de mi ruina aparente;

«aquí Marco Antonio vive,»

dijo el aire, o es que quieren

lisonjear el oído

los vientos que al alba crecen.

IRENE

(Dentro.)

Antonio huyó del castillo,

seguidle todos, no quede

senda por todo ese monte

que el cuidado no penetre;

Lépido le habrá amparado.

CLEOPATRA

La voz es esta de Irene,

Antonio huyó del castillo,

pidanme albricias las fuentes;

viva mi esposo y yo muera,

veré si la arena tiene  
de sus plantas estampada  
la señal; aquí parece  
que varias plantas pisaron  
ese nunca hollado albergue;  
él huyó con los soldados  
que le esperaban; hoy quiere  
mi ya marchita esperanza  
volverse a vestir de verde;  
volverlas quiero a mirar,  
esta playa a quien rebelde  
en la brevedad de un día  
el mar castiga dos veces:  
sobre la no seca arena  
grabada una línea tiene

que conserva la humedad

que le dejó la creciente.

(Lee.) «Aquí Marco Antonio vive,»

dice, seas segundo Fénix,

que cuando en mi llama mueras,

tu misma vida te herede.»

albricias me pedís, flores,

estos funestos cipreses,

en vez de estériles frutos

produzgan flores alegres.

Callad, agoreras aves,

(Topa con MARCO ANTONIO.)

pero en esta margen verde,

a quien este manso arroyo

de tanto aljófara guarnece,

yerto un cadáver distingo;

la sangre aún corre caliente,

para que la seca arena

de rojo coral se riegue.

Ver quiero si con la antorcha,

o bien yace o bien fallece.

(Toma la antorcha y mírale.)

¡Válgame el cielo! ¿Qué he visto?

¡Infelice yo mil veces,

que para herir con los males

me han amagado los bienes

¿Mi bien? ¿Mi esposo? ¿Señor?

¡Mal haya el acero aleve

que tu pecho de jazmines

le matizó de claveles!

Al sol que hermoseó la tierra

o por claro o por ardiente,

de la luna le eclipsaron

las turbias amarilleces.

Éste es mi acero, ¡ay de mí!

tú te has dado a ti la muerte;

mi queja al monte lastime;

mi voz en sus ecos quiebres.

y de mi fatal estrella

fieras y hombres se lamenten

(Échese en la arena.)

leona soy, que a bramidos

dar otra vida pretende

al hijuelo que en la gruta

toda la arena enrojece;

quebrado espejo, en quien ya

verse mis ojos no pueden,

leona soy, oye mi voz,

si tiene oídos la muerte;

desde mi pecho a mi labio

mi queja se desconcierte,

porque a este roto instrumento

todas mis voces disuenen;

contigo quiero morir,

Antonio, que es muy decente,

pues nos dio un aliento vida,

que un sepulcro nos celebre;

hermosa corte del Mayo

que de piadosa o de fértil

porque entre flores descansen

áspides sangrientos meces,

permite una de tus flores;

(Toma una flor, y quita della un áspid)

flor, permite que despierte

un áspid sólo de cuantos

a su encanto se adormecen

áspid, si hambriento te nombran,

en mis rojas venas prende,

porque hijo de mis iras

de mi sangre te alimentes.

(Pónese un áspid en un brazo y otro en otro.)

Cúmplase la maldición

de aquella mujer, y lleguen

a apasionar mis lamentos

los oídos más rebeldes.

¿Lépido, Irene, Octaviano?

Salen LÉPIDO, IRENE, OCTAVIANO, LELIO, CAIMÁN y todos.

OCTAVIANO

¿Quién me llama?

IRENE

¿Qué nos quieres?

CLEOPATRA

Ya Marco Antonio murió,

y ya Cleopatra fallece

en el jazmín de mis brazos

(Corre sangre de los brazos.)

ya el áspid rústico muerde;

Antonio fue la luz mía,

y al soplo del austro leve

se quedó en negra pavesa

la que era reliquia ardiente.

Irene, ya te has vengado;

aves, fieras, montes, peces,

ved este extremo de amor,

la edad esperada cuente

el ejemplo más constante

que dio el bronce a los pinceles.

Tuya soy, Antonio mío,

con parasismos anhele

esta llama a quien le falta

materia en que se alimente;

yo muero, y muero de amor,

volved a llorar, cipreses,

háganme exequias los mares,

corran lágrimas las fuentes,

y todos a una voz digan,

cuando mi ruina cuenten,

que aquí murió Marco Antonio

y que aquí Cleopatra muere.

(Cae muerta sobre MARCO ANTONIO.)

LÉPIDO

¡Oh amante el más infeliz!

IRENE

En él mi amor escarmiente.

OCTAVIANO

Y aquí la comedia acaba;

si acaso perdón merece

el ingenio que la ha escrito,

hacedle el favor que siempre.

---

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

